

El Estado en debate

#3
Abril 2024

Estado y autoritarismos emergentes

PRIMERA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Hernán Ouviaña
Rodolfo Gómez
Sandra Carolina Bautista Bautista
Mabel Thwaites Rey
Robert Adrián Quintero Leguizamón
Paulina Barrera Rosales
Adrián Piva
Juan José Martínez Volkmar

Boletín del
Grupo de Trabajo
**El Estado como
contradicción**

El Estado en debate no. 3 : estado y autoritarismos emergentes / Hernán Ouviaña...
[et al.] ; Coordinación general de Mariana Andrea Giarretto ; Josefina Torres Jiménez.
- 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2024.

Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-813-749-0

1. Capitalismo. 2. Fascismo. 3. Autoritarismo. I. Ouviaña, Hernán II. Giarretto, Mariana
Andrea, coord. III. Torres Jiménez, Josefina, coord.

CDD 306.342

PLATAFORMAS PARA EL DIÁLOGO SOCIAL



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Producción Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,

Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho
el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina. Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875

<clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>



Coordinadorxs del Grupo de Trabajo

Sandra Carolina Bautista Bautista

Escuela de Ciencias Sociales, Artes y
Humanidades

Universidad Nacional Abierta y a Distancia
Colombia

carolinabautistab@gmail.com

Josefina Torres Jiménez

Instituto de Estudios Ecuatorianos
Ecuador

josetj4@yahoo.com

Mabel Thwaites Rey

Instituto de Estudios de América Latina y
el Caribe

Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de Buenos Aires

Argentina

mabeltrey1@gmail.com

Coordinadoras del Boletín

Mariana Giarretto

Universidad Nacional del Comahue

marianatt3010@yahoo.com.ar

Josefina Torres Jiménez


Instituto de Estudios Ecuatorianos

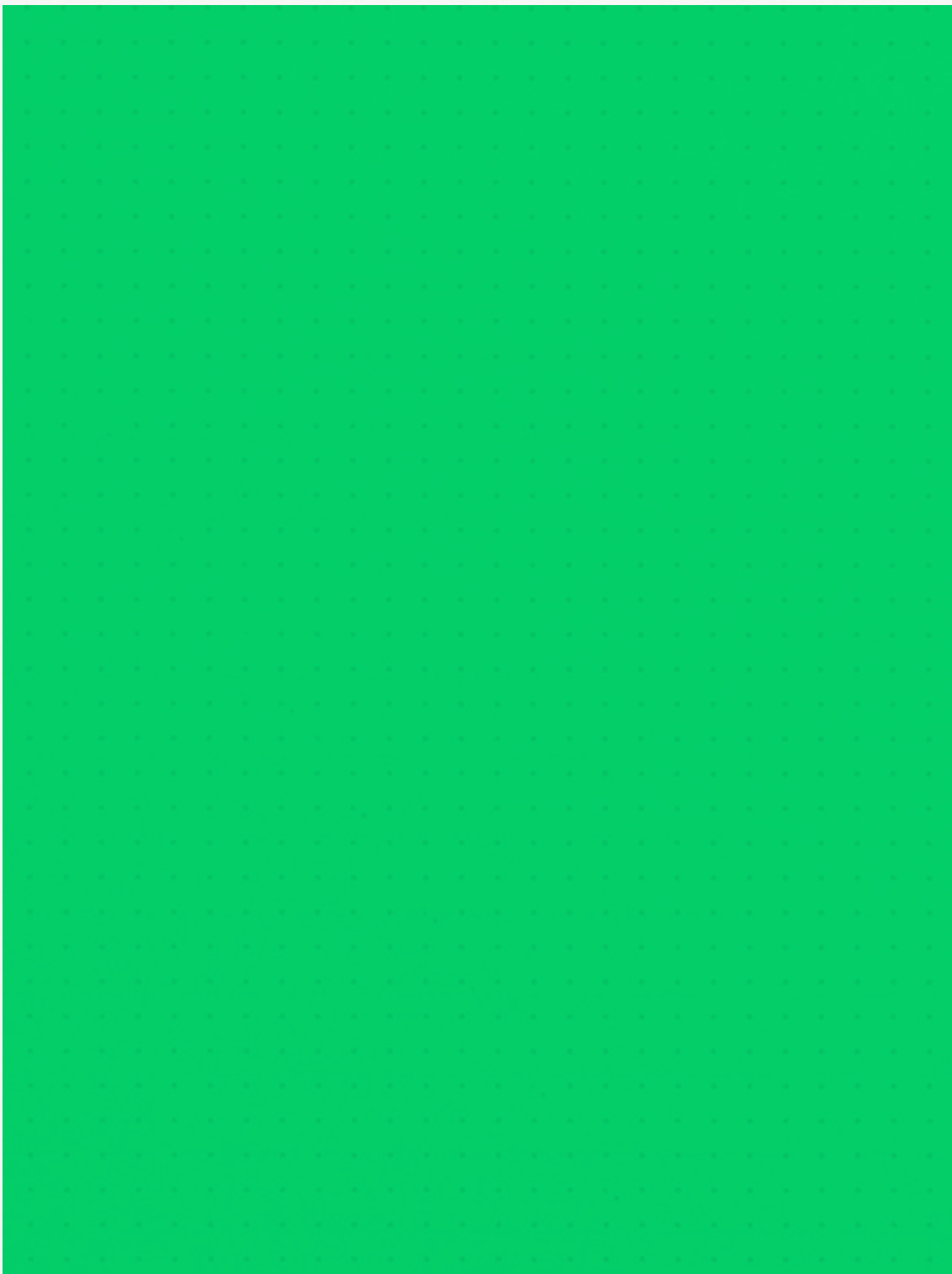
Ecuador

josetj4@yahoo.com



Contenido

- 5** Presentación
Mariana Giaretto
- 9** Estatismo autoritario, regímenes de guerra y capitalismo verde
Claves de lectura para un cambio de época
Hernán Ouviaña
- 20** Neofascismos y Estados (lumpen) capitalistas en una América Latina en disputa
Rodolfo Gómez
- 30** Autoritarismo de Tiktok
La derecha coordinada para la disputa cultural en América Latina
Sandra Carolina Bautista Bautista
- 36** La ultraderecha y el clivaje entre trabajadores y parásitos
Mabel Thwaites Rey
- 44** Notas para un estudio del ascenso del autoritarismo y la disputa hegemónica en Latinoamérica
Robert Adrian Quintero Leguizamon
- 51** Crisis, hombres fuertes y carisma
El problema de los espejismos para analizar las autocracias
Paulina Barrera Rosales
- 58** La ultraderecha gobierna en Argentina, ¿el fin de una época?
Adrián Piva
- 74** El Salvador
La consolidación de un régimen autoritario
Juan José Martínez Volkmar
- 



El Estado en debate
Número 3 · Abril 2024



Presentación

Mariana Giaretto*

*Las noches ciegas son poderosas,
y nosotros somos su paciencia.*

Víctor Serge

Bajo sus diversas formas históricas, el Estado capitalista es el núcleo central de nuestras preocupaciones teóricas y políticas desde hace ya varias décadas. Nuestras lecturas, discusiones e interpretaciones diversas, son situadas, y si bien consideran la complejidad multiescalar del problema estatal, se esfuerzan en dilucidar la especificidad de la región latinoamericana y caribeña. En esta oportunidad, entre lo importante y lo urgente, entra la complejidad horizontal y la vertical (Grüner, 2012), entre lo coyuntural y lo orgánico (Gramsci, 2004), decidimos ocuparnos de la cuestión estatal asumiendo la necesidad de abordar la emergencia de formas autoritarias con rasgos específicos y una conexión transnacional inédita.

No es que el carácter autoritario de la forma estatal nos haya agarrado desprevenidxs. Desde la historicidad latinoamericana conocemos muy bien la potencia económica que implicó la violencia y el autoritarismo de los estados oligárquicos (Cueva, 1989) en nuestros territorios, así como sus prácticas genocidas (Izaguirre, 2010) continuas y/o transmutadas actualmente en políticas de criminalización (Longo y Korol, 2008) de quienes luchan contra las diversas embestidas del capital.

* Socióloga, docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

Tampoco nos sorprende que sea en esta fase de languidez de la reestructuración neoconservadora de la acumulación de capital a escala mundial, que emerjan estas experiencias interconectadas de una ultraderecha que reedita viejos formatos reaccionarios y apela a diferentes innovaciones ideológicas, políticas y culturales para legitimar una nueva ofensiva del capital contra la clase trabajadora.

Lo que nos desvela es cómo caracterizar estas experiencias sin descuidar aquellos aspectos centrales que nos permitan, no sólo posicionarnos críticamente, sino también acertar en las claves teórico-políticas más adecuadas para apuntalar las múltiples formas de resistencia y lucha desplegadas ante la ofensiva de estos autoritarismos emergentes.

Por estos motivos, compartimos diferentes reflexiones desde diversos ángulos de análisis sobre esta avanzada de ultraderecha en América Latina y el Caribe, asumiendo la tarea de impedir su naturalización, su aceptación acrítica y, por lo tanto, de desautorizar su legitimidad anclada en los propios principios de una socialización capitalista. Porque estas formas autoritarias del Estado capitalista enfrentan varios desafíos, entre ellos: cómo sortear las contradicciones que surgen de la crítica inmanente, en la medida que no pueden hoy garantizar el acceso universal a lo que sus propias máximas morales pregonan: la vida, la libertad y la propiedad privada de cada individuo. Ni siquiera, pueden garantizar que todos sean parte de la socialización capitalista bajo el mismísimo principio del intercambio, algo que hasta ahora los gobiernos llamados progresistas sostuvieron precariamente, aún con vericuetos compensatorios -como planes, programas y subsidios al consumo- manteniendo la reproducción de la acumulación capitalista -aunque sea bajo forma distorsionadas-.

Otro desafío, es el que enfrenta en relación a la fuerza de coerción extraeconómica, en realidad es un desafío doble. Por un lado, cómo relanzar discursos y prácticas represivas que logren mantener en el tiempo la legitimidad que les dio el primer impulso de aceptación política y social, en sociedades que comparten una historicidad de violencia política


extrema, desde el genocidio indígena hasta las dictaduras cívico-militares-eclesiásticas de los 70'. Por otro lado, y al mismo tiempo, para lograr extender esa legitimidad inicial, las ultraderechas enfrentan el desafío de financiar la represión en contextos de crisis, sin que ese financiamiento se agote y además se vuelva un problema para dicha legitimidad. Encontrar la justa medida de la crueldad siempre ha sido un problema para las ultraderechas.

Finalmente, hay una contradicción que acecha al propio Estado capitalista más allá de todas sus formas particulares, pero en especial en estas que desnudan sin mediaciones su carácter autoritario (Hirsch, 2017). Es que, para poder organizar la dominación política de la clase capitalista ante el resto de la sociedad, debe convertirse en un poder impersonal, público, que opera a través de las abstracciones jurídicas y normativas del derecho burgués (Pashukanis, 1976), es decir, debe ser un Estado de derecho. Este límite es inmanente y da en el corazón del Estado como contradicción. De allí, que la encrucijada de la ultraderecha actual se manifieste bajo la tensión de debilitar-fortaleciendo, ahuecar-resignificando, reformar-conservando a un Estado capitalista que no debe ni puede convertirse y reducirse a ser simplemente el terrorismo organizado de una clase sobre el resto de la sociedad.

Ante estas tensiones, desafíos y contradicciones, invitamos a recorrer cada uno de los textos escritos y compartidos por varixs integrantxs de nuestro GT Estado como contradicción, para discutir colectivamente cómo caracterizar a los autoritarismos emergentes y cómo proyectar posibles formas de organización de las luchas contra sus embestidas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cueva, Agustín. (1989). El Desarrollo del Capitalismo en América Latina. México D.F.: Siglo XXI Editores.
- Gramsci, Antonio. (2004). Antología. Selección, traducción y notas de Manuel Sacristán. Buenos Aires: Ed. Siglo XXI.
- Grüner, Eduardo. (2012). Estudio introductorio. Marx, historiador de la praxis. En Marx, Karl, Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850. Buenos Aires: Ed. Luxemburg. (pp. 11-96).
- Hirsch, Joachim. (2017). El aparato de Estado y la reproducción social: elementos de una teoría del Estado burgués. En A. Bonnet y A. Piva (eds.) Estado y capital. El debate alemán de la derivación del Estado. Buenos Aires: Herramienta, (pp. 509-587).
- Izaguirre, Inés. (2010). Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina. 1976-1983. Antecedentes. Desarrollo. Complicidades. Buenos Aires: EUDEBA.
- Longo, Roxana y Korol, Claudia. (2008). Criminalización de los movimientos sociales en Argentina. En Buhl, Kathrin y Korol, Claudia (orgs.) Criminalización de la protesta y de los movimientos sociales. São Paulo: Instituto Rosa Luxemburgo y Rede social de justiça e direitos humanos. (pp. 18-74).
- Pashukanis, Evgeny. (1976). La teoría general del derecho y el marxismo. México: Grijalbo.
-



Estatismo autoritario, regímenes de guerra y capitalismo verde

Claves de lectura para un cambio de época

Hernán Ouviaña*

En las últimas décadas, la crisis y reestructuración del capitalismo a nivel global han generado profundas transformaciones tanto en términos societales como en los propios Estados. Las dinámicas de ajuste estructural, el despojo de territorios y de derechos colectivos, así como las iniciativas privatizadoras que se impusieron sin miramientos, han tenido como contracara una creciente resistencia y oposición por parte de comunidades, organizaciones sociales y movimientos populares, dando lugar a lo que desde nuestro Grupo de Trabajo hemos caracterizado como Ciclo de Impugnación al Neoliberalismo en América Latina (en adelante, CINAL) (Ouviaña y Thwaites Rey, 2019).

Transcurridos ya más de veinte años de aquella irrupción que generó un verdadero cimbronazo a nivel continental, y que logró cristalizarse en varios casos en gobiernos que se han denominado genéricamente “progresistas”, si bien puede considerarse que el CINAL aún continúa en pie (en

* Profesor e investigador del IEALC-UBA y del Departamento de Educación de la Universidad Nacional de Luján (CONICET-UNLu). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

tanto no cabe restringirlo a los vaivenes gubernamentales), lo cierto es que viene sufriendo un violento intento de cierre por arriba en el último tiempo, a partir del despliegue de un estatismo autoritario de contornos inéditos y que parece consolidarse como tendencia regional e inclusive contar con un considerable consenso societal en algunos países. La principal hipótesis es que estamos ante una mutación de la forma Estado que implica un reforzamiento de su faceta coercitiva e involucra una tendencia a la militarización, el control securitario y el ejercicio creciente de la violencia, aunque de manera selectiva y sin que ello redunde en una suspensión plena de las libertades elementales y las reglas de juego propias de la democracia liberal burguesa.

A su vez, su emergencia se correlaciona con una nueva fase del capitalismo a nivel mundial (centrada de manera prioritaria, aunque no exclusiva, en la electro-automovilidad, la necesidad de “descarbonización” y la superación de una matriz económica asentada en energías fósiles), en la que estaríamos entrando en forma estrepitosa y convulsionada, siendo América Latina un territorio codiciado y vital para el relanzamiento del ciclo de acumulación que permita superar la crisis sistémica y multidimensional que vivimos. En este marco, las luchas territoriales y por la defensa de la naturaleza y los bienes comunes cobran centralidad, debido a la necesidad por parte del capital de generar un proceso de transición energética y productiva, a través de lo que algunos autores definen como *capitalismo verde*.

La crisis de 2008 y sus secuelas en la región a partir de 2011 con la caída de los precios de los *commodities*, tendió a agudizar los problemas acumulados en un sentido más socioeconómico, trayendo consigo no solamente protestas y descontentos por parte de vastos sectores populares perjudicados por esta coyuntura, sino también, como respuesta y contraofensiva de los de arriba, ajustes presupuestarios, niveles cada vez más altos de violencia, extractivismo extensivo y recargado tanto en campos como en ciudades, aumento estrepitoso de la desigualdad y una precarización brutal de la vida, siendo la inestabilidad hegemónica

un rasgo invariante en casi toda la región. Esta conjunción de malestares, frustraciones y escandalosas asimetrías, pavimentó el camino para el crecimiento acelerado de propuestas de ultraderecha, emparentadas muchas de ellas con el neofascismo.

El CINAL supuso la conformación de “pactos de consumo y empleo”, basados en asegurar el trabajo nacional (por cierto, mayoritariamente en condiciones precarias) y ampliar cierta capacidad de compra popular (Ouviña y Thwaites Rey, 2019). La contracara -o basamento material- de esta dinámica transitoria y frágil, fue una expansión del endeudamiento y de ciertos procesos de subjetivación neoliberal de corte individualizante. El acceso al crédito, que en principio tuvo como fin reducir la pobreza, funcionó al decir de Maurizio Lazzarato también como “caballo de Troya”, a través del cual “la financiarización se introdujo en la vida cotidiana”, mediante una relación acreedor-deudor que, en tanto técnica que permite conducir y controlar las conductas, resulta de una eficacia formidable por cuanto “desplaza la lucha de clases a un nuevo terreno, donde las organizaciones de trabajadores asalariados tienen dificultades para posicionarse” (Lazzarato, 2019, p. 28).

Al mismo tiempo que se multiplicaban diversas modalidades para extraer en forma rentista el valor, se vivió una reprimarización e incremento de las lógicas de acumulación por desposesión, posibilitadas por un contexto de la economía mundial caracterizado por el ascenso de China como comprador de los *commodities* que produce América Latina. Ello generó cierto crecimiento económico y habilitó políticas redistributivas que mitigaron la pobreza extrema, pero a la vez configuró una forma particular de Estado denominado por algunos como “compensatorio” (Gudynas, 2012). Bajo esta lógica, se continuaron o profundizaron los esquemas productivos basados en la explotación de bienes naturales, alineados con el modelo de acumulación global, exacerbando la dependencia con los centros imperiales y las cadenas de valorización. Esto derivó en que entrase en contradicción con las demandas y proyectos de movimientos, pueblos y comunidades que aspiran a cambios paradigmáticos y

civilizatorios que superen el productivismo occidental, las lógicas asimétricas y colonial-modernas de relacionamiento mundial y los formatos liberales del quehacer político (Ouviña y Thwaites Rey, 2019).

Aunque no podemos aquí dar cuenta de los matices y complejidades, así como de las luces y sombras de los gobiernos “progresistas” o con vocación antineoliberal (al respecto, pueden verse ciertas lecturas e interpretaciones en Ouviña y Thwaites Rey, 2019; Carillo Nieto, Escárzaga y Gunther, 2016; Oliver, 2016; Gaudichaud, Modonesi y Webber, 2019; Bautista, Durand y Ouviña, 2020; entre otros), lo cierto es que cada vez más, ellos fueron reduciendo su margen de acción a lo que Antonio Gramsci supo denominar “pequeña política”, es decir, a aquella práctica que se encapsula en el día a día y asume con resignación el orden dominante, intentando adecuarse a él más que enfrentarlo. Lejos de trastocar las estructuras económico-sociales e institucionales para aspirar a crear nuevas relaciones, las conserva y defiende, haciendo de la intriga entre facciones y figuras individuales, el posibilismo y la disputa electoral un pivote central de su lucha, acotada por cierto a consolidarse al interior de un equilibrio de fuerzas y un poder de clase ya constituido, lo que redundó en un envalentonamiento y capacidad de irradiación de fuerzas de ultraderecha y neoconservadurismos de diversa laya.

A nivel más estructural, la agudización de la crisis se ha evidenciado en dos aristas claves de la modernidad capitalista. Por un lado, sobre todo en lo atinente a su faceta industrial, aquella referida al paradigma energético fósil. Por el otro, la relación orgánica entre producción, militarización y guerra. Respecto del primero, cabe decir que el agotamiento de los combustibles basados en este tipo de fuentes, ha puesto a la orden del día el debate sobre los límites estructurales de este modo de vida imperial y la necesidad acuciante de ensayar algún tipo de transición en el corto y mediano plazo. Si tal como sugieren Ulrich Brand y Markus Wissen (2021) este modo de vida se basa en la exclusividad y solo puede persistir mientras disponga de un “exterior” al que logre trasladar sus gastos (y del que, en simultáneo, pueda expoliar bienes, personas y

recursos), su pretensión universal erosiona las bases mismas sobre las que se sostiene, ya que agudiza la crisis socioambiental en curso y el desgarramiento de la eco-dependencia, en tanto y cuanto aspira a “generalizar lo no generalizable”.

En este marco crítico, la megaminería a cielo abierto, la extracción de gas y petróleo a través de métodos no convencionales (como el *fracking* o fractura hidráulica), y más recientemente el litio en tanto mineral estratégico que permite el almacenamiento de energía, exacerba la conflictividad sociopolítica en numerosos territorios de Abya Yala, tal como ha ocurrido recientemente en la provincia de Jujuy, ubicada en el norte de Argentina, donde las comunidades indígenas y los sectores populares más postergados se levantaron al grito de “¡El agua vale más que el litio!”. No estamos en presencia de una crisis meramente vinculada a lo energético, sino que al mismo tiempo contempla a los sistemas alimentarios y al agua misma como bien común.

Dentro de un contexto anómalo pero cada vez más persistente, el horizonte del *capitalismo verde* parece ser la opción más viable de “revolución pasiva” en términos gramscianos, para superar esta crisis extrema desde una perspectiva intra-sistémica (Brand y Wissen, 2021). Mientras tanto, la respuesta frente a quienes se resisten a esta recolonización brutal no es otra que la violencia descarnada, al punto de ensayar un “estado de excepción” intermitente en los territorios más conflictivos, mixturado en ocasiones con el ofrecimiento de nuevos “espejitos de colores” asociados con una supuesta modernización y bonanza local, esta vez sobre la base de “energías limpias”, pero que en rigor redundará en pérdida de derechos y enormes costos ambientales, mayores asimetrías en la relación Norte-Sur, reprimarización de la economía y proliferación de dispositivos de control, que solo traerán aparejado cuerpos-territorios más enfermos, vulnerables, vigilados e impotentes.

En cuanto a la escalada bélica a la que estamos asistiendo a nivel global, no hace sino evidenciar la crisis del “capitalismo pacificado”. Si bien tal

como ha resaltado Rosa Luxemburgo guerra y acumulación han ido de la mano desde la génesis misma de este sistema-mundo, el declive del imperialismo norteamericano como potencia hegemónica, su política “antiterrorista” tras los sucesos de 11 de septiembre de 2001 y la posterior configuración de un multilateralismo centrífugo (con altos niveles de conflictividad y creciente tensión en los últimos años), sumado a la coyuntura impuesta por la hecatombe pandémica (que generó una crisis en las cadenas de suministro globales) y a la prolongada guerra en Ucrania, ha redundado en una situación inédita de rearme, militarización y auge de los nacionalismos en las entrañas mismas de Europa, con la extensión de un *régimen de guerra* mucho más allá de los países beligerantes (Mezadra y Neilson, 2024).

El escenario es de brutales procesos de militarización de la política y la economía que, amparados en una retórica que apela a la “seguridad nacional” y a un contexto de “excepcionalidad”, se avizora como nueva “normalidad” en buena parte del mundo, ejerciendo presión e imponiendo agendas derechistas en elecciones y en instancias estatales de decisión política. Dicha tendencia se agudiza hasta el paroxismo con el genocidio cometido en Gaza y la guerra desencadenada en Yemen, que a pesar de parecer distantes sobredeterminan e inciden en nuestra región. Estas y otras embestidas bélicas o securitarias, se conectan con lo que Achille Mbembe (2011) define como *necropolítica*, esto es, aquella que habilita una política de gestión de la muerte tal como la que se padece actualmente en muchas realidades del planeta, donde lo que se torna predominante es una modalidad de intervención militar o represiva por parte del Estado, de carácter asesino y despótico, contra vidas precarias que se criminalizan o sacrifican sin miramientos.

La pandemia y el escenario de agudización de la crisis global que se ha vivido con posterioridad a ella, habilitó e hizo visibles ciertas modalidades de reproducción de lo común con enorme potencialidad anti-sistémica, pero al mismo tiempo generó un reforzamiento de las aristas represivas y judiciales de los Estados, combinado con una reactivación e

intensificación de algunos núcleos de sentido común que abreven en valores tradicionales ligados a la defensa de la familia, el orden y la propiedad. Si ya antes de la diseminación del Covid-19 se vislumbraba esta tendencia a partir de procesos políticos como el vivido en Brasil con el bolsonarismo, en Estados Unidos con Donald Trump y en otras latitudes del mundo con fenómenos similares (entre ellos, el auge de grupos y coaliciones neofascistas en Europa), actualmente el contexto de incertidumbre e inestabilidad socio-económica y los conflictos bélicos reseñados, abonan a que las clases dominantes, las ultraderechas vernáculas y el imperialismo vean como viable el fortalecimiento de esta opción.

Al margen de los recambios gubernamentales, lo que se consolida parece ser un *estatismo autoritario* tal cual lo definieron Nicos Poulantzas (1979) y Joachim Hirsch (2000): de contornos “cesaristas”, esta forma de Estado tiende a concentrar el poder en la cúspide del ejecutivo, perdiendo relevancia el parlamento y combinando el respeto de ciertas garantías y reglas de juego democráticas (como la realización de elecciones periódicas), con la degradación del Estado de derecho y la vulneración sistemática de algunas libertades civiles. Por lo tanto, no se identifica con un posible nuevo fascismo ni con los clásicos procesos de fascistización, aunque pueda contemplar algunos rasgos o afinidades puntuales con ellos. Una diferencia sustancial que amerita tener en cuenta es que, al decir de Poulantzas, el Estado fascista “supone una derrota histórica previa del movimiento popular y de la clase obrera”, algo que de momento no ha acontecido de forma definitiva e irreversible en América Latina.

De manera complementaria, lecturas contemporáneas como las de Renan Vega Cantor (2016), Rita Segato (2016), Javier Auyero y Katherine Sobering (2021), advierten acerca de los peligros de la existencia en América Latina de un *Estado dual, ambivalente* o bien un (*para*)*Estado delincuencial*, que involucra adherencias y vasos comunicantes con el submundo criminal, esto es, un proceso de “mafialización de la política”, que resulta en guerras del para-Estado mafioso y guerras de los Estados actuando siempre con un brazo paraestatal, con capacidad de control y

poder arbitrario sobre la vida. Un Estado, pues, que pretende hacer cumplir la ley y a la vez (en el mismo territorio, en tanto “segunda realidad”) la infringe y funciona como socio de lo que el propio Estado define como conducta criminal o delictiva.

Este proceso puede llegar a articularse con un despotismo político que yuxtaponga cierta “normalidad democrática” con excepcionalidad, habilitando una suspensión parcial e intermitente de derechos elementales, bajo el pretexto del supuesto contexto singular que esta coyuntura impone a escala regional y mundial. Azuzando “enemigos” tanto internos como externos a los que combatir, se propicia el avasallamiento de territorios, la restricción de libertades democráticas y el robustecimiento de valores conservadores y tradicionales (de carácter heteropatriarcal, misógino, racista y/o meritocrático), junto con la militarización de zonas consideradas estratégicas por el gran capital transnacional, el ejercicio de la contrainsurgencia e incremento de la utilización del aparato coercitivo del Estado contra focos de resistencia comunitaria que buscan ser desplazados o aislados de su entorno vital, en medio de un clima de desintegración social y política cada vez más generalizado. Ejemplos emblemáticos de ello se viven en Wallmapu con el pueblo-nación mapuche, en Ecuador en la provincia de Cotopaxi y otras zonas afectadas por proyectos megamineros, en el sur de México con el corredor interoceánico y el megaproyecto de infraestructura y transporte al servicio del capital (mal llamado “Tren Maya”), o en las selvas colombianas donde el *neoliberalismo de guerra* aún funge como punta de lanza de la acumulación por despojo.

Sería un error considerar a este tipo de Estados como fuertes y estables. Por el contrario, signados por crisis agudas, la utilización creciente de la coerción evidencia, al decir de Antonio Gramsci (1999), que estamos en presencia de Estados débiles en términos hegemónicos, que más bien se asientan en lo que René Zavaleta (1989) caracterizó como *hegemonía negativa*, en la medida en que se prioriza la reproducción de estructuras de dominación y una “construcción autoritaria de las creencias”. La

apelación a la coerción no ha dejado de ser el eje vertebrador del discurso punitivista en auge a nivel continental, desde la construcción de un “enemigo interno” (con contornos específicos de acuerdo a cada realidad concreta) que legitime la escalada represiva vivida en gran parte de la región.

Se redoblan esfuerzos y amplifican las iniciativas destinadas al llamado combate del narcotráfico y la inseguridad delictiva, buscando interpelar al imaginario social autoritario, y orientando ciertos temores o miedos e impotencias, para conectarlos con una necesidad de protección y resguardo, de respeto de la ley, previsibilidad y deseo de restablecimiento del “orden”, que el sentido común dominante exige de parte del Estado, aunque éste opere bajo lógicas bélicas o necropolíticas. La defensa enconada del accionar de las fuerzas represivas, incluso en situaciones de abierta flagrancia (detenciones y torturas, protocolos antimanifestación, desalojos que violan los derechos más elementales, criminalización, asesinatos y hasta masacres planificadas) se complementa con el reforzamiento mediático de prejuicios y estigmas que tienden a asociar juventud pobre o habitantes de barriadas humildes con delincuencia, protesta social o recuperación de tierras con desestabilización e “ilegalidad”, y accionar de pueblos o comunidades indígenas con terrorismo y boicot al “progreso”, buscando así fortalecer una visión de mundo que avale -e incluso demande- una intensificación de la violencia estatal y hasta parapolicial.

En América Latina experiencias como las de Jair Bolsonaro en Brasil o Nayib Bukele en El Salvador resultan casos emblemáticos de esta tendencia, a la que se suma como novedoso laboratorio el gobierno de Javier Milei en Argentina. Mientras tanto, a nivel mundial, además de los mencionados casos de Estados Unidos y la Unión Europea, dos realidades disímiles y a la vez con semejanzas preocupantes parecen ejemplificarla, aunque puedan incomodar a algunos progresismos que optan por recostarse en la retórica del multilateralismo. Tanto China como Arabia Saudita, más allá de sus evidentes particularidades y contrastes,

articulan una dinámica de modernización conservadora conectada con las cadenas de valor global, cierta reestructuración productiva que atiende a un horizonte de transición energética en base a las directrices de un capitalismo verde, con regímenes políticos autoritarios donde las libertades democráticas se ven restringidas sobre la base de un estatismo de nuevo tipo que reprime toda disidencia anti-sistémica o que ose cuestionar tímidamente al régimen. Esta combinación inédita podría simbolizar quizás una imagen prefigurada del porvenir, atendiendo por supuesto a la singularidad de cada realidad del planeta. Y, sobre todo, nos advierte acerca de lo erróneo de concebir como un juego de suma cero la relación Estado-mercado, más aún en tiempos de crisis, donde al decir de Gramsci “emergen los fenómenos más monstruosos”.

BIBLIOGRAFÍA

- Auyero, Javier y Sobering, Katherine (2021). *Entre narcos y policías. Las relaciones clandestinas entre el Estado y el delito, y su impacto violento en la vida de las personas*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires.
- Bautista, Carolina; Durand, Anahí y Ouviaña, Hernán (edit.) (2020). *Estados alterados. Reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*, Editorial Muchos Mundos/CLACSO, Buenos Aires.
- Brand, Ulrich y Wissen, Markus (2021). *Modo de vida imperial. Vida cotidiana y crisis ecológica del capitalismo*, Tinta Limón y Fundación Rosa Luxemburgo, Buenos Aires.
- Carillo Nieto, Juan José.; Escárzaga, Fabiola y Günther, María Griselda (coords.) (2016). *Los gobiernos progresistas latinoamericanos. Contradicciones, avances y retrocesos*. UAM, México.
- Gaudichaud, Franck; Modonesi, Massimo y Webber, Jeffery (2019). *Los gobiernos progresistas latinoamericanos del siglo XXI. Ensayos de interpretación histórica*, UNAM, México.
- Gramsci, Antonio (1999). *Cuadernos de la Cárcel*, Tomo 5, Editorial Era, México.
- Gudynas, Eduardo (2012). “Estado compensador y nuevos extractivismos. Las ambivalencias del progresismo latinoamericano”, en Revista Nueva Sociedad 237, Caracas.

Hirsch, Joachim (2000). *El Estado nacional de competencia. Estado, democracia y política en el capitalismo global*, UAM, México.

Lazzarato, Maurizio (2019). *El capital odia a todo el mundo. Fascismo o revolución*, Eterna Cadencia, Buenos Aires.

Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*, Editorial Melusina, Madrid.

Messadra, Sandro y Neilson, Brett (2024). “Ucrania y el mundo entrando en el tercer año de guerra”, en Diario Red, consultado el 02/04/2024.

Oliver, Lucio (coord.) (2016). *Transformaciones recientes del Estado integral en América Latina*, UNAM, México.

Ouviña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (edit.) (2019). *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*, Editorial El Colectivo/CLACSO, Buenos Aires.

Ouviña, Hernán (2020). “El Estado y la reactivación del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina”, en Bautista, Carolina; Durand, Anahí y Ouviña, Hernán (edit.) *Estados alterados: reconfiguraciones estatales, luchas políticas y crisis orgánica en tiempos de pandemia*, Editorial Muchos Mundos y CLACSO, Buenos Aires.

Poulantzas, Nicos (1979). *Estado, poder y socialismo*, Editorial Siglo XXI, México.

Segato, Rita (2016). *La guerra contra las mujeres*, Editorial Traficantes de Sueños, Madrid.

Vega Cantor, Renan (2016). *Elogio del pensamiento crítico. Ensayos iconoclastas*, Editorial Ocean Sur, Bogotá.

Zavaleta, René (1989). *El Estado en América Latina*, Editorial Los amigos del Libro, La Paz.





Neofascismos y Estados (lumpen) capitalistas en una América Latina en disputa

Rodolfo Gómez*

Introducción

La perspectiva que asumiremos en este artículo reconoce deudas respecto de un autor como André Gunder Frank (1973)¹, quién supo hacer suya la noción marxiana de “lumpen” para caracterizar a la burguesía latinoamericana y al modo de desarrollo que promovió. Aquí extenderemos la noción marxiana de “lumpen” al conjunto del funcionamiento capitalista actual, al que caracterizaremos como “lumpen” capitalismo.

El empleo de esta noción no supone para nosotros, un cambio en el modo de funcionamiento del capitalismo descrito por Marx. Al contrario, consideramos que el capitalismo sigue siendo una “totalidad” que se expresa dinámicamente en la contradicción entre capital (entendido en sentido amplio) y trabajo (también entendido en términos amplios) a lo largo de

* Docente e investigador de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembro de los Grupos de Trabajo CLACSO “El estado como contradicción” y “Comunicación, culturas y política”. Integrante de la Dirección de Investigación de CLACSO.

¹ En un artículo reciente Pablo Dávalos (2023) retoma el trabajo de Gunder Frank sobre el “lumpendesarrollo” latinoamericano para explicar que el modo de acumulación capitalista en Ecuador tiene características “lumpen”. Dado que dicho modo de acumulación, para este autor, está atravesado por una lógica del narcotráfico, favorecida por la dolarización de la economía ecuatoriana. Para una interpretación crítica de algunos de los planteos de Gunder Frank ver Astarita (2011).

distintos momentos históricos. Esto es, que el capitalismo muta en sus “formas” pero no en su sustancia explotadora.

La hipótesis que guía este artículo es que el actual “lumpen” capitalismo es resultante de la crisis de su “forma” neoliberal previa, y que es esta nueva forma la que promueve la emergencia de movimientos políticos derechistas radicalizados en América Latina, a los que definimos como “neofascistas”. En el mismo sentido sostendremos que el Estado capitalista, también asume esas mismas características “lumpen” y excepcionales que encontramos en el conjunto de la “totalidad” capitalista.

Los fascismos, las dictaduras y las funciones de “lo lumpen”

Partiremos del uso del prefijo “neo” para diferenciar estos “nuevos” movimientos o partidos políticos y los fascismos históricos, sobre todo europeos. Consideraremos para ello algunos trabajos previos que analizaron a los fascismos europeos del siglo XX, como los de Trotsky (2019), Gramsci (2003), Horkheimer (2006) o Poulantzas (1998), para mostrar ciertas líneas de continuidad en el plano ideológico o de las prácticas políticas. En efecto, si entendemos que el capitalismo es un “sistema” que se expresa en distintas “formas” en todas las esferas de funcionamiento social, a partir del conflicto entre capital y trabajo, en un momento histórico determinado; podemos definir, por ejemplo, a los fascismos europeos del siglo XX como una determinada “forma”, excepcional según Poulantzas, de régimen político y de Estado capitalista.

Trotsky es quien define sin ambages al fascismo como una “forma” política estatal dictatorial capitalista, determinada por la lucha de clases, cuya función principal es el disciplinamiento de las masas para la reproducción social del capital. Una definición a la que Gramsci le sumará el planteo que estas “formas” políticas capitalistas asumirán también, características hegemónicas, además de represivas. En un sentido similar es que

en 1940 Horkheimer definirá al “Estado autoritario” como una “forma” política de dominación donde se articulan lo económico y lo ideológico, y donde la cultura de masas (mid-cult) y los medios masivos adquieren una funcionalidad importante.

Pero si en Europa el fascismo resultó ser la “forma” política que asumió el capitalismo en ese momento histórico de la lucha de clases, es decir, un tipo de régimen político (estatal) que buscó disciplinar a las masas trabajadoras y populares a través de mecanismos tanto represivos como hegemónicos, en América Latina esa “forma” dictatorial fue diferente, porque aquí las clases dominantes promovieron más represión que hegemonía, dado que en las sociedades capitalistas latinoamericanas del siglo XX las clases trabajadoras y populares mostraban una “heterogeneidad estructural” (Lechner, 1977). Este carácter no hegemónico de las clases capitalistas dominantes en América Latina, de “no clase” o de clase dependiente, que generó la presencia de “formas” políticas inestables, tanto en el caso de las dictaduras como en el de las democracias formales; es lo que hizo que Gunder Frank (1973) hablara de una “lumpenburguesía” como así también de un “lumpendesarrollo”.

Es así que la “forma” política que encontraron estas clases -lumpen- capitalistas dominantes de controlar a las masas trabajadoras y populares fueron las dictaduras cívico militares, que fueron –como los fascismos– “formas” políticas capitalistas. Aunque en ese momento histórico, por la propia resistencia que estas dictaduras encontraron en unas clases trabajadoras y populares fuertemente articuladas, no podemos hablar todavía de lumpen-capitalismo. Lo más propio para ese entonces sería hablar de una “forma” de capitalismo latinoamericano sub-desarrollado, periférico o “populista”².

2 En un temprano artículo, Horacio Tarcus (1992) caracterizó como “populista” la forma-Estado que entró en crisis en Argentina promediando la década del ochenta del siglo XX, a partir de la última dictadura militar de 1976, pero que consolidó su cambio en 1990, en vigencia del régimen político democrático.

Lo “lumpen” y “mid cult” como “formas” del capitalismo latinoamericano

La descripción mencionada de Frank, asimilable al capitalismo latinoamericano de las décadas del sesenta y setenta; va a modificarse radicalmente a partir de la irrupción de las últimas dictaduras cívico militares de mediados de la década del setenta. Que fueron las encargadas de la transformación de la “forma” sub-desarrollada o populista del capitalismo a su “forma” neoliberal-conservadora.

Para ello, no sólo fue necesaria una política represiva, sino además una política económica reestructuradora de las relaciones de fuerza sociales, políticas y culturales. En Argentina, Adrián Piva (2020), dio cuenta de este proceso de transformación de la estructura de clases y de la estratificación de la sociedad capitalista nacional, donde observó una disminución de la clase obrera industrial y una ruptura de su identidad de clase, una reducción y concentración de las clases dominantes, un crecimiento de los sectores medios (mid cult) y una fuerte suba de la desocupación.

Este proceso, que Piva describe para la Argentina, también tuvo lugar en el Chile de Pinochet, y en el resto de los países donde se instauraron dictaduras militares de similares características, esto es, en Uruguay, Brasil, Bolivia, Centroamérica (con las diferencias del caso). Y dio lugar a la emergencia de “formas Estado” autoritarias, pero donde se hizo presente además un fuerte componente informacional y comunicacional (Risler, 2018).

Una vez modificadas las relaciones de fuerza por parte de las últimas dictaduras, se volvió posible en los regímenes políticos democrático formales posdictatoriales la incidencia de los medios masivos de comunicación y de la cultura de masas -mid cult- sobre aquellos sectores sociales que,

como el lumpen (Marx, 1975)³, los cuentapropistas y las clases medias, se encontraban “disponibles” ideológicamente.

La discursividad mass-mediática sustentada en la “objetividad” y el “equilibrio”, en el marco de regímenes políticos democrático-formales, impuso un punto de vista donde se igualaban las diferencias de clase a partir de la figura del “ciudadano”, y supuso que todo enfrentamiento se daba –de manera abstracta- en igualdad de condiciones.

Bajo estas nuevas condiciones del capitalismo, la década del noventa fue la década de la hegemonía neoliberal-conservadora (Fujimori en Perú, Menem en Argentina, Lacalle y Battle en Uruguay, Collor de Melo y Cardoso en Brasil, Bucarám o Mahuad en Ecuador, Sánchez de Lozada en Bolivia, Salinas en México, etc.). La novedad resultó por entonces esta posibilidad hegemónica de las clases capitalistas en un marco democrático sin que esto implicara recurrir al tradicional dominio militar. Pero esto fue posible no porque el propio desarrollo de una nueva “forma” capitalista hubiera modificado las características “lumpen” que Gunder Frank describió en las clases dominantes latinoamericanas, sino porque esta característica “lumpen”, desclasada y mid cult, se extendió hacia los sectores medios, los cuentapropistas, los desocupados; esto es, hacia un amplio espectro de la población. Que de este modo quedaba disponible respecto del “formateo” discursivo de los medios masivos de comunicación y la industria cultural.

Sin embargo, esta “forma” hegemónica comenzó a ser cuestionada a la luz de sus desastrosos resultados económicos y sociales. Cuestión que llevó a la rearticulación de las distintas clases trabajadoras y de los

- 3 En su texto *El XVIII Brumario* de Luis Bonaparte caracteriza Marx al “lumpenproletariado” como un sector social desclasado, plausible de ser cooptado por Bonaparte a cambio de “aguardiente y salchichón”. Esta actitud de –un lumpen- Bonaparte para con el lumpenproletariado (y la pequeña burguesía y los pequeños propietarios rurales) contrasta con la adoptada frente al proletariado que, con las vicisitudes que va detallando Marx en el libro, opera de una manera más conflictiva, cohesionada y atenta a sus propios intereses. Por supuesto, en un determinado momento histórico de las relaciones de fuerza entre las clases sociales.

movimientos sociales y populares afectados por las políticas económicas neoliberales del gran capital dominante.

Este cuestionamiento implicó un cambio en el rol asumido por los medios masivos de comunicación y la industria cultural, luego del apoyo inicial brindado a los gobiernos neoliberal conservadores. Dado que a medida que fueron apareciendo disfuncionalidades (como la aparición de conductas delictivas, derivadas a la vez del crecimiento de la desocupación y de la subocupación) los medios masivos comenzaron a vehicular las protestas y los cuestionamientos.

Cobró forma aquello que Thwaites Rey (2016) denominó “ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina” (CINAL), que se manifestó con la emergencia del zapatismo en un temprano 1994, con el derrocamiento del presidente Bucaram por parte de los movimientos sociales e indígenas ecuatorianos en 1997, con la revuelta que forzó la renuncia del presidente De la Rúa en diciembre de 2001 en Argentina y con el derrocamiento del presidente Sánchez de Lozada en 2003, entre otros hechos notables.

Sin embargo, la crítica a la “forma” neoliberal del capitalismo, por parte de algunos de estos movimientos protagonistas del CINAL, no implicó necesariamente una crítica al capitalismo. De modo que los posteriores movimientos políticos progresistas cuestionadores del neoliberalismo, buscaron llevar adelante tipos de políticas que podríamos denominar genéricamente “posneoliberales”.

Pero esos mismos gobiernos progresistas no lograron establecer una hegemonía perdurable para las políticas posneoliberales, que comenzaron a ser cuestionadas por los grandes capitalistas, Y este cuestionamiento recibió un eco importante en los medios masivos de comunicación –a los que debíamos agregar ahora las diferentes redes sociales- que a partir de aquí comenzaron a desarrollar una función que llamamos “destituyente” (Gómez, 2018), por su participación en los llamados “golpes blandos”

(Honduras en 2009, Paraguay en 2012, Brasil en 2016, etc.). Aquí es cuando los medios masivos abandonaron su anterior función equilibradora para pasar a jugar un rol de oposición franca a todo gobierno que buscara limitar, aunque sea de manera muy tibia, la ganancia capitalista. Lo que mostraba que para el gran capital ya no era necesario tener que recurrir a golpes militares para desplazar gobiernos “incómodos” a sus intereses dominantes. Bastaba con recurrir a la incidencia discursiva de estos medios en conjunción con la acción del poder judicial -y político- para ello.

Esto muestra que, si las dictaduras cívico militares fueron las “formas” político-estatales que surgieron en Latinoamérica para encauzar a las masas al interior de la institucionalidad capitalista; estos procesos hoy se pueden llevar a cabo a través de la democracia capitalista y a través del Estado -de derecho- capitalista. Aunque bajo unas formas “lumpen”, poco preocupadas por la justificación racional, junto con una contrapartida represiva, que rememora de modo notable algunas de las viejas prácticas persecutorias de la disidencia y no hegemónicas de aquellas últimas dictaduras.

Para William Davies (2016) se trata de un “neoliberalismo punitivo” y al mismo tiempo “pos-hegemónico”⁴, promovido por un “capitalismo de plataformas”⁵ que postula la emergencia de tipos de discursos polarizadores, binarios (digitales), sin que ello suponga prácticamente ningún tipo de construcción argumental satisfactoria.

Neofascismos mediatizados y mid cult en el marco de Estados lumpen capitalistas

Nos encontramos hoy en un momento latinoamericano en disputa, en el que la crisis de la “forma” neoliberal capitalista no llevó a la consolidación

4 Sobre el concepto de “poshegemonía” ver Beasley-Murray (2010).

5 Srnicek (2018).

posterior de una nueva “forma” -hegemónica- posneoliberal. Esta actualidad es la que explica por qué hoy las clases lumpen-capitalistas dominantes se encuentran desarrollando un proceso de ensayo-error (Bonnet y Alvarez Huwiler, 2022) en la búsqueda de recomponer una hegemonía neoliberal conservadora en crisis.

La emergencia de las nuevas derechas radicalizadas latinoamericanas, poco preocupadas por construir demostraciones fácticas o argumentos racionales, pero al mismo tiempo profundamente atravesadas por las lógicas mediáticas (no hay que olvidar que figuras como las de Bolsonaro, Milei o Macri, crecieron a la luz de los medios masivos de comunicación “tradicionales” o de las nuevas redes sociales; propalando gran cantidad de fake news), motivo por el que las definimos como neofascismos mediatizados y mid cult; son la respuesta extrema que brinda el capital a una mayoría social que también asume características ideológico-culturales “lumpen”, desclasadas, de gran disponibilidad ideológica. Ya no se trata, como en el momento de la hegemonía neoliberal conservadora del triunfo del “fin de la historia” o del triunfo del discurso -posmoderno- del pleno presente (capitalista), como nos muestra Grüner (2022). Se trata del triunfo de un capitalismo que busca legitimarse sin legitimación, a través de un discurso “lumpen” presente en medios masivos como la TV o las redes sociales, pero que encuentra eco en la discursividad video-política dominante y en amplios sectores de la sociedad actual.

El carácter fetichista, ideológico, de este discurso “lumpen” capitalista que se extiende a toda la sociedad, oculta que las clases capitalistas nunca dejan de defender sus intereses, mientras las clases trabajadoras y populares terminan apostando en contra de sí mismas.

BIBLIOGRAFÍA

- Astarita, Rolando (2011), *Economía Política de la dependencia y el subdesarrollo*, Universidad Nacional de Quilmes.
- Beasley-Murray, Jon (2010), *Posthegemonía: teoría política y América Latina*, Paidós.
- Bonnet, Alberto y Alvarez Huwiler, Laura (Comps.) (2022), *Crítica de las políticas públicas*, Prometeo.
- Dávalos, Pablo (2023), *Ecuador: Anomía, Estado fallido y lumpen-acumulación. Una lectura desde el marxismo*, Buenos Aires, CLACSO. Disponible en <https://www.clacso.org/ecuador-anomia-estado-fallido-y-lumpen-acumulacion-una-lectura-desde-el-marxismo/>
- Davies, William (2021), “La política del reconocimiento en la era de las redes sociales” en *New Left Review* N° 128.
- Davies, William (2016), “El nuevo neoliberalismo”, en *New Left Review* N° 101.
- Gómez, Rodolfo (2018), *¿Constituyente o destituyente? El rol de los medios masivos de comunicación en las democracias latinoamericanas*. En Saintout, Florencia (Introd.), *Comunicación para la resistencia* (pps.55-87), CLACSO.
- Gramsci, Antonio (2003), *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Nueva Visión.
- Grüner, Eduardo (2022), *Lo sólido en el aire. El eterno retorno de la crítica marxista*, CLACSO.
- Gunder Frank, André (1973), *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo. Dependencia, clase y política en Latinoamérica*, Ediciones Periferia.
- Horkheimer, Max (2006), *Estado autoritario*, Itaca.
- Lechner, Norbert (1977), “La crisis del Estado en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 39, No. 2, UNAM, pp. 389-426. Disponible en: <http://www.jstor.org/stable/3539771>
- Marx, Karl (1975), *El XVIII Brumario de Luis Bonaparte*, Polémica.
- MacDonald, Dwight (1974), “Mass cult y mid cult” en AAVV, *Industria Cultural y Sociedad de Masas*, Monte Avila.
- Piva, Adrián (2020), “Clase y estratificación social en Argentina, 1947-2010”, en *Universitat Autònoma de Barcelona; Papers*; 105; 3; 389-419.
- Poulantzas, Nikos (1998), *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI
- Risler, Julia (2018), *La acción psicológica*, Tinta Limón.

Srnicek, Nick (2018), Capitalismo de plataformas, Caja Negra Editora.

Tarcus, Horacio (1992), "La crisis del Estado populista: Argentina 1976-1990" en Realidad Económica N° 107, IADE.

Thwaites Rey, Mabel (2016), La impugnación al neoliberalismo y su crisis, en Dínamo

5. Disponible en <http://ladiaria.com.uy/articulo/2016/5/la-impugnacion-al-neoliberalismo-y-su-crisis/>

Trotsky, León (2019), Obras Escogidas. La Lucha contra el fascismo, Edicions Internacionals Sedov.





Autoritarismo de Tiktok

La derecha coordinada para la disputa cultural en América Latina

Sandra Carolina Bautista Bautista*

Javier Milei resopla y hace un esfuerzo por desprender el pesado sillón estilo colonial ubicado en la mesa de los presidentes en la Casa Rosada. Después de uno o dos intentos logra hacer un lugar para sentarse y ser fotografiado. Se acomoda con ánimo cansino, pero sin dejar de sonreír y en lugar de disciplinar su larga melena, la agita con fuerza para que esté aún más desprolija. Fue el primer acto privado el 10 de diciembre de 2023, tras ser ungido con la banda celeste y blanco que lo identifica como presidente de la Nación argentina; todo quedó grabado en un video para Tiktok, su principal espacio de comunicación política. Parece un acto frívolo, pero la melena agitada es su marca mayor como rebelde, un adjetivo que hasta hace no mucho era de uso exclusivo para las izquierdas y que Milei ha logrado apropiarse y resignificar en busca de que el péndulo de la política latinoamericana se detenga para siempre o por un buen rato, en el extremo de la derecha más radical.

Como ha repetido hasta la saciedad y en cada foro en el que participa, la de Milei no es una cruzada nacional, sino que es regional y planetaria. Se

* Doctora en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Docente de la Universidad Pedagógica Nacional y de la Universidad Nacional de Colombia. Coordinadora del GT Estado como contradicción. carolinabautistab@gmail.com

ha embarcado en una “batalla cultural contra el socialismo”, evidenciando una vez que se trata, en parte, de apropiarse de los significados de la izquierda. Fue Antonio Gramsci, filósofo comunista italiano, quien hace ya un siglo propuso esta disputa por la cultura como un eje fundamental para una nueva sociedad, así Agustín Laje, el novel politólogo de derecha argentino, se llene los bolsillos vendiéndole la idea a quienes niegan derechos, realidades excluyentes y defienden el capitalismo a ultranza como el propio Milei lo hace.

Pero más allá de la anécdota, lo cierto es que ésta no es la primera vez que aflora la intención de una disputa por la cultura para una radicalización del capitalismo. Ya en los años ochenta Margaret Thatcher, la dama de hierro y primera ministra del Reino Unido, había sentenciado cuál era el motor fundamental de las reformas depredadoras de la sociedad inglesa que fueron la antesala a la instauración del neoliberalismo: “la economía es el método, pero el objetivo es cambiar el alma”, afirmaba con gran seguridad. De manera que la resolución de las crisis de acumulación pasa por el Estado, pero sin duda, requiere atravesar la mente y el corazón de las personas. Tal observación fue recogida hace mucho tiempo por la ultraderecha, incluida la latinoamericana, que en tiempos de impugnación neoliberal como los ocurridos en las últimas dos décadas, y para enfrentar las sendas movilizaciones populares y los gobiernos progresistas, ha intentado diversas estrategias y escenarios de articulación continental, con el propósito de avanzar en las disputas por la hegemonía.

Uno que llama poderosamente la atención es la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC), el foro de la derecha más antiguo de los Estados Unidos, promovido por la Unión Conservadora Americana. La primera versión de la conferencia se realizó en 1974, justo después de la sentencia que despenalizó el aborto en ese país –a todas estas, sentencia reversada en junio del año pasado–. Los principios rectores de la Conferencia corresponden al canon básico de la ultraderecha internacional: la defensa de la vida, la libertad, el derecho a la propiedad y combatir el socialismo, todos en versiones que fabulan alrededor del riesgo inminente

de destrucción a la civilización occidental, haciendo gala de perspectiva entroncada con el fascismo.

El orador principal al cierre de la conferencia en los setenta fue el entonces gobernador de California, Ronald Regan; su responsabilidad como presidente por la destructiva imposición del neoliberalismo en los Estados Unidos y el despliegue de un nuevo momento de guerra contrainsurgente en América Latina, del que fueron víctimas Guatemala, El Salvador y Nicaragua, está fuera de toda duda. Tanto como el cariz de la Conferencia, escenario creado para la lucha ideológica en medio de la Guerra Fría que, en tiempos de neoliberalismo crudo, ha sido copado por la línea republicana de Donald Trump.

La versión más reciente de la Conferencia Conservadora ocurrió del 21 al 24 de febrero de este año, y entre muchas otras, contó con la conferencia “Pelea de gatas: Michelle (Obama) contra Kamala (Harris)” (Noaim, 2024), título que destila racismo y misoginia al por mayor. Entre los oradores principales estuvieron Nayib Bukele, presidente del Salvador, Javier Milei, José Antonio Kast, perdedor de las elecciones presidenciales en Chile el 2021 y Santiago Abascal, líder de Vox, partido de la derecha radical española. La representación colombiana en estos escenarios ha sido encabezada por la senadora uribista María Fernanda Cabal, quién no solo considera que la Unión Soviética continúa existiendo de manera subrepticia a través de diferentes organismos multilaterales, sino que en medio de la Conferencia de 2024 proclamó en una entrevista, “si es la voluntad de Dios, seré presidenta de Colombia. Es mi momento” (Gómez, 2024). Seguramente animada por el éxito de Milei a través de memes y Tiktok, llegó a la conferencia posando de humorista audaz al ofrecer un nuevo emprendimiento: lágrimas de mamerto embotelladas, es decir, de militantes de izquierda en jerga política colombiana.

La presencia iberoamericana no es una novedad, pues estas y otras personalidades del autoritarismo emergente han participado activamente en las versiones estadounidenses y en las latinoamericanas, realizadas

en 2019 y 2021 en Brasil bajo la batuta de Bolsonaro padre (el presidente), e hijo (diputado federal por Río de Janeiro), siempre con la asidua participación de asesores de Donald Trump. En este último caso, la conferencia le sirvió de parapeto a Bolsonaro en medio de una crisis de legitimidad por corrupción, con el congreso solicitando su destitución y ad-ventas de una campaña presidencial en la que fue derrotado. El asalto al congreso realizado por bolsonaristas en enero de 2023 al estilo de los seguidores de Trump dos años antes, sirve de ejemplo para evidenciar hasta qué punto las Conferencias Conservadoras son espacios para la circulación de estrategias compartidas.

Los esfuerzos por articular a la extrema derecha autoritaria, antiderechos y negacionista de los múltiples procesos de persecución al campo popular en América Latina continuaron en noviembre de 2022, con la realización de la Conferencia de Acción Política Conservadora en México, organizada por el actor Eduardo Verástegui orador en las versiones anteriores. Este productor audiovisual se ha hecho famoso por su discurso de ultraderecha, ser muy cercano a Trump y su deseo de ganar las elecciones presidenciales de México que se disputarán este año, aunque en una campaña accidentada pues no logró cumplir los requisitos para inscribirse con el aval la plataforma Voto Católico y ha realizado una nueva inscripción como independiente.

En la Conferencia de 2022 en México, la ultraderecha de la región concluyó que ese país necesitaba volver al redil, pero con un liderazgo de base católica con el cual desafiar la posible continuidad de Morena, el partido de Andrés Manuel López Obrador. Los temas urgentes fueron la derrota del derecho al aborto ganado por el movimiento de mujeres, e impedir el desarrollo de foros y espacios de encuentro del progresismo en la región facilitados por el gobierno mexicano. También hubo tiempo para la retórica anti LGTBI, para ubicar como comunistas solapados a todos los gobiernos que disienten, aunque sea un poco frente al neoliberalismo en América Latina, para sesiones de didáctica sobre el uso de redes sociales,

marketing político y el enfoque en las y los jóvenes como blanco preferente en las campañas electorales.

Así, las victorias un tanto sorprendentes de candidatos matriculados con honores en el autoritarismo más recalcitrante de las últimas décadas, como Bukele y Milei, entre jóvenes y sectores populares vienen adosadas a toda una construcción discursiva, pero también política y de marketing electoral de una derecha ultraconservadora y reaccionaria que se viene articulando en torno a la batalla cultural. No es una mera casualidad o exotismo; se trata de una corriente en proceso de estructuración para disputar la hegemonía en América Latina en un momento de crisis global del capitalismo. Han recogido las experiencias, realizado aprendizajes y buscan replicarlos en la región en su conjunto.

De esta articulación, al menos cuatro asuntos deberían llamar la atención de los sectores populares, de izquierda y democráticos en general en términos de la acción de la ultraderecha. Primero, la insistencia de este discurso en que lo que está en peligro es la civilización occidental, entendiendo por ello fundamentalmente la familia, el matrimonio, la religión y la libertad de mercado. Allí el enemigo a ser destruido es todo lo que acostumbra a llamar izquierda, es decir, cualquier opinión que se les contraponga, en la mejor tradición contrainsurgente de América Latina. Segundo, la cruzada anti-derechos que ya comienza a dar frutos con la prohibición del lenguaje de género en las administraciones públicas de Argentina y El Salvador, anudada a la negación de las diferencias salariales entre hombres y mujeres. El siguiente punto en la agenda será, sin duda, los derechos reproductivos.

El tercer asunto llamativo es el empeño por desarrollar la movilización de masas, tanto en la disputa de la calle con la convocatoria de protestas como en la captura del mensaje de mayor circulación en el debate político y el sentido común de las personas, esto a través del uso de redes. Respecto a las marchas y protestas, los resultados son diversos, pues hasta el momento logran mayor contundencia en Brasil y un poco menos en

Colombia. Sin embargo, la capacidad para disputar la calle tiene un correlato directo en aquello que la investigadora Esther Solano denomina “Autoritarismo pop” (CIALC-UNAM, 2024), una categoría de que permite discutir cómo los discursos de odio quedan encubiertos por la inmediatez de los mensajes que se vierten en redes como Tiktok, lo cual constituye el cuarto aspecto sobre el que vale la pena llamar la atención en términos de acción política. Así, la viralización de mensajes a través de memes y videos han ido constituyendo un mar de discursos de odio con cinco segundos de profundidad. Allí los candidatos de la ultraderecha posando de graciosos, altivos, fuertes, y, sobre todo, rebeldes –como la melena de Milei– para entregar mensajes contundentes y a la vez simplificados apuntando a la negación de derechos. Como nos propone Esther Solano, el odio a través del “autoritarismo pop” se masifica mucho más rápido sin digerir apenas el trasfondo de los contenidos; de la banalización del mal a través de la burocracia, tal como fue evidenciado por Hannah Arendt a propósito del holocausto, transitamos a la trivialización de los discursos de odio como llave emotiva para la acción política autoritaria.

BIBLIOGRAFÍA

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, [CIALC-UNAM]. (12 de marzo de 2024). *De Bolsonaro a Milei ¿Por qué la extrema derecha crece en América Latina?* [Video]. https://www.youtube.com/watch?v=3_IUllF5rjU&t=293s

Gómez, Andrea [@andreagomeznews]. (23 de febrero de 2024). *En el marco de la Conferencia de Acción Política Conservadora @cpac hablamos con @mariafernandacabal*

Senadora de Colombia María Fernanda Cabal [Reel]. Instagram. https://www.instagram.com/reel/C3tP27JpyYU/?utm_source=ig_web_copy_link

Noaim, Idoya. (22 de febrero de 2024). *Qué es la CPAC, el cónclave conservador dominado por Trump donde interviene Abascal*. El Periódico. <https://www.elperiodico.com/es/internacional/20240222/cpac-conclave-conservador-dominado-trump-abascal-98531793>





La ultraderecha y el clivaje entre trabajadores y parásitos

Mabel Thwaites Rey*

El avance de las ultraderechas en el mundo alcanzó a la Argentina. Como en una pesadilla aturdidora, el país que se consideraba con inmunidades diferenciales para resistir los embates ultras que hicieron presidentes a Donald Trump en Estados Unidos, a Jair Bolsonaro en Brasil o a Giorgia Meloni en Italia, cayó en manos del anarcocapitalista Javier Milei, un extravagante outsider que se alzó con el 56% de los votos para arremeter con un proyecto socialmente devastador. Si bien este triunfo en segunda vuelta parecía imposible poco tiempo antes, el ascenso de las derechas y la configuración de un clima político y social favorable a un cambio capitalizable por expresiones regresivas se venía gestando desde bastante tiempo atrás. La radicalización derechista y su penetración en segmentos populares es, no obstante, el dato más relevante de la realidad argentina y un desafío para el campo popular y sus expresiones políticas.

Las derechas políticas no son novedosas y siempre se caracterizaron por expresar y representar los intereses de las clases dominantes, a las que podemos llamar “derechas sociales”. La defensa del libre mercado, la propiedad privada y el estado mínimo para garantizar seguridad física (a través de los órganos represivos policiales y militares), seguridad jurídica (mediante los aparatos legales y judiciales) y las relaciones

* Profesora e investigadora IEALC/FSOC/UBA. Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

internacionales han sido y son los pilares programáticos centrales, junto al disciplinamiento de las clases populares en los lugares de trabajo (acotando derechos laborales y gremiales) y en los territorios (cercamiento de los espacios de reproducción de la vida). En estas cuestiones básicas coinciden todas las tribus de derecha, sean más o menos conservadoras o liberales en materia de derechos individuales y sociales, o más nacionalistas o globalizadoras en términos económicos.

En Argentina, al sostener posiciones tan claramente alineadas con los intereses socialmente minoritarios del capital en oposición a los mayoritarios del trabajo, su inserción en el sistema democrático representativo solía ser marginal y se concentraban en influir de modo más o menos directo en las decisiones de los gobiernos. Como en otros países de América Latina, las derechas sociales y políticas a lo largo del Siglo XX se valieron del brazo militar para imponer sus políticas anti-populares vía golpes de estado y también aportaron cuadros técnico-políticos, especialmente en áreas económicas y judiciales. En los años 90, lograron fagocitar a un partido de cuño popular como el peronismo, al mando de Carlos Menem, para desplegar el recetario neoliberal con apoyo en las urnas. Pero como derechas políticas explícitas, su performance electoral siempre fue acotada, así como lo fue la influencia de sus ideas. Con Macri se da, por primera vez, la posibilidad de que conformaran, con éxito electoral, un proyecto anclado en el ideario liberal-conservador, esta vez bajo el envoltorio de la modernidad tecnológica, el emprendedorismo glamoroso y el eficientismo amigable (Vommaro y otros, 2015; Vommaro, 2017). Más allá del desastre económico que derivó en la derrota electoral de 2019, el macrismo logró conformar y consolidar un espacio político e ideológico de derecha y anti-peronista acérrimo que se proyectó más allá del gobierno, al punto de cobijar la radicalización derechista de una parte importante de su base (Vommaro, 2023).

Decididas a resistir y confrontar a los gobiernos y políticas de la ola de impugnación al neoliberalismo en América Latina del Siglo XXI (Thwaites Rey y Ouviaña, 2019), las extremas derechas políticas fueron radicalizando

su ofensiva contra las clases populares para subordinarlas de modo vertical y estable, bajo la premisa de eliminar las mediaciones institucionales que permiten amortiguar el dominio absoluto del capital y que fueron conquistadas por una larga historia de luchas. Si bien las matrices ideológicas de las tribus que en el mundo se aglutinan en la extrema derecha son diversas (Stefanoni, 2021), vienen confluyendo cada vez más en torno a un conjunto de ideas fuerza que lograron permear en las clases populares, algunas de las cuales expresan sentidos comunes que, en sus núcleos de buen sentido, han sido patrimonio de aquellas.

Laboriosos versus vagos

Un logro central de la penetración de los discursos ultraderechistas ha sido desplazar el clivaje clásico entre burgueses y proletarios, ricos y pobres, los de arriba vs. los de abajo, los opulentos vs. los carenciados, hacia un eje transversal que traza una división entre quienes trabajan y pagan impuestos y los ociosos, vagos y aprovechados que viven a expensas del dinero que el Estado les saca a los laboriosos. Con ese eje organizan la solidaridad y le dan forma a la identificación con los magnates poderosos a los últimos tenderos de la fila, que se perciben propietarios que pagan -o evaden- tributos que consideran injustos. Pero también interpelan a quienes viven de su trabajo, privado o estatal, de modo formal o informal, en condiciones precarias, mal pagos e inestables y los oponen a los que reciben alguna ayuda estatal para sobrevivir. Si en Europa y Estados Unidos los denostados por abusivos son el inmigrante que consume recursos públicos y el desocupado nativo que recibe asistencia, en Argentina el principal objeto de odio es el “piquetero”: la persona pobre que recibe planes sociales porque integra organizaciones que pelean para obtenerlos y a quien se percibe como apoltronada en una situación de bienestar sin trabajar ni sacrificarse, a costa de los impuestos que se le cobran a quien trabaja para vivir. El rechazo arraiga muy fuerte en el hecho de que reciba dinero público (“la nuestra”) de modo directo a través de planes

sociales, pero también en que lo obtenga a través del reclamo de los movimientos que los organizan y representan.

El corte de rutas y calles como forma de reclamo ha devenido en una práctica sistemática y extendida en muchos colectivos sociales y se ha ganado la antipatía de quienes necesitan transitar y son demorados. Pero es la capacidad de presionar organizadamente de los movimientos de trabajadores desocupados (“piqueteros”) lo que ha generado un especial fastidio. En primer lugar, entre los sectores medios y altos que detestan la ocupación del espacio público por los pobres organizados, pero también en los segmentos sociales que realizan actividades de modo aislado y que no logran articular sus demandas colectivamente, como cuentapropistas de rubros varios, empleados de comercios pequeños, empleadas domésticas. Son quienes más sufren, por la precariedad de sus condiciones de trabajo, las inclemencias de los ciclos económicos regresivos y los que padecieron la pandemia de modo más duro porque ni siquiera pudieron acceder a las ayudas implementadas por el Estado. Y aún entre las personas perceptoras de planes sociales, cierta dinámica rutinizada y burocratizada de las prácticas de reclamo con movilizaciones y cortes de calles comenzó a perder la eficacia identitaria que supo tener en décadas pasadas.

La sensación de desamparo y micro desigualación descrita por el sociólogo francés François Dubet (2023), más el rencor contra las prácticas de los pobres organizados han sido muy bien aprovechados por la ultraderecha para extender el rechazo, en primera instancia, contra “los políticos” que las amparan o toleran y, más en general, contra toda instancia estatal encaminada a resolver las carencias que provoca o ignora el mercado. De la división entre trabajadores y vagos la ultraderecha de Milei dio un paso más allá al trazar rayas más precisas entre quienes se ganan la vida en el sector privado y los que trabajan en el Estado neo demonizado y entre los que tienen protección gremial y los que carecen de ella. La ofensiva contra los sindicatos también es funcional al programa ultraderechista de suprimir derechos laborales, en línea con los viejos reclamos

patronales de desarmar el sistema de protección de las y los trabajadores conquistado tempranamente en la Argentina. Escudados en la crítica a la vida opulenta de cúpulas sindicales siempre amigables a los intereses de los empresarios y en el desamparo laboral de amplias franjas de trabajadores informalizados, Milei y sus aliados se proponen arrasar con todas las protecciones y garantías para aplanar las condiciones laborales al mínimo común denominador de desprotección flexibilizada.

La desconfianza y resentimiento con los “políticos” y sindicalistas porque no resuelven los problemas de las personas comunes, mientras ellos viven seguros y prósperamente, se viene extendiendo hace mucho tiempo en las democracias occidentales. La imparable acumulación de la riqueza en la cumbre de la pirámide social mundial ha significado no solo el acaparamiento de bienes materiales en manos de una minoría, sino una tremenda concentración del poder de decidir por fuera de cualquier criterio democrático sobre el destino colectivo. Lo que ya hace décadas se viene discutiendo como la pérdida de poder de los Estados nacionales para definir variables clave de sus economías, por la injerencia de poderes corporativos supranacionales, se agudiza cada vez más en términos democráticos. Los políticos que llegan al gobierno, en general, muestran escasa predisposición para revertir la estructura social en favor de las mayorías. Aun los que asumen con impulsos transformadores se topan con la resistencia cerrada de las clases dominantes a perder privilegios o con su propia incapacidad o limitación para enfrentar obstáculos sistémicos. Su impotencia deja al desnudo la distancia que media entre las expectativas de los votantes y las magras realizaciones, lo que genera desilusión y resentimiento y ubica a los políticos como beneficiarios personales de un sistema que no satisface las necesidades básicas de la sociedad. De ahí a verlos como casta media un corto trecho, porque hay un núcleo de verdad en ese sentimiento: los representantes no cumplen con el mandato de procurar bienestar y, en tanto, gozan ellos mismo de un pasar muy por encima de la media social. Ni qué hablar cuando saltan a la luz sus negociados y corrupción. A esto se suma la ofensiva conservadora contra los movimientos de mujeres y diversidades que, con sus

luchas, lograron reconocimientos legales como el matrimonio igualitario y la interrupción voluntaria del embarazo, pese a los contextos socioeconómicos adversos. Todo esto compone el magma sobre el cual se montan las derechas para repetir su mantra anti-político y anti-Estado y lograr volcar a su favor la opinión pública en contextos de crisis. Si pelear contra el poder económico es difícil, atribuirle la culpa a los más débiles y atacarlos como forma de saciar el ansia revanchista parece más viable para calmar la insatisfacción extendida, aquello que Dubet (2020) llama “pasiones tristes”.

La apuesta del anarco capitalismo

En ese marco, la llegada al gobierno de Argentina de un anarco capitalista convencido tensa la disputa hacia límites insospechados. Porque su propósito no es meramente ajustar cuentas desfasadas o implementar medidas de austeridad para reducir el déficit fiscal. Su proyecto explícito es la transformación radical del país tal como se conformó a lo largo del Siglo XX y dar por resuelto el histórico empate hegemónico entre un proyecto que incluye al campo popular y otro que lo pretende completamente disciplinado al capital, que se han venido vetando mutuamente e impedido la consolidación de sus respectivos planes cuando alcanzaron el gobierno. El propósito de Milei es ir más allá de las recetas de derecha conocidas, pues apunta a reducir drásticamente al Estado a su funcionalidad mínima pero clave de sostén armado de la propiedad privada. De ahí la reivindicación de las Fuerzas Armadas y la elección como vicepresidenta de una conspicua integrante de la “familia militar” que reivindica la dictadura. Como afirma Penelas (2024), el eslogan “No hay plata” que repite Milei todo el tiempo no debe ser leído como descriptivo sino como normativo: no importa si el Estado tiene o no tiene plata, lo que cuenta es que no debe tenerla, pues asumir el deber de conseguirla implica perpetuar la carga impositiva que califica como un robo. La base del programa es moral e ideológica. Califica al Estado como un violador serial que

debería desaparecer, en clave de la utopía anarcocapitalista, pero que debe conservar las funciones de coerción que le asigna el minarquismo.

Por eso, la casta con la que confronta Milei y su escuadrón de anarcocapitalistas no la componen meramente los políticos privilegiados, los empresarios prebendarios o los burócratas sindicales contra los cuales han confrontado las fuerzas de izquierda y democráticas a lo largo de la historia. Estos segmentos solo aparecen en la superficie de los discursos para cautivar a crédulos. Lo que verdaderamente entiende como casta son las distintas formas de propiedad social que están en la base de la condición misma de ciudadanía: la salud, la educación, la vivienda, la previsión social, la ciencia y la cultura. Si para Milei el Estado mismo es un criminal, todos los agentes del sector público son, por extensión, parásitos que deberían arreglárselas en la jungla del sector privado. Así, instala la idea de que son una casta improductiva y mantenida científicos del CONICET, docentes, médicos y médicas de los hospitales públicos, empleados y empleadas de distintas reparticiones, artistas y trabajadores de la cultura en general.

Por eso, los anarcocapitalistas, que se auto denominan libertarios y blanden la bandera de la libertad del más fuerte, ponen tanto énfasis en la batalla cultural dirigida a desmantelar todo imaginario que pueda incluirse bajo la idea de socialismo, de colectivismo, de justicia social y bien común. Bajo este gran paraguas conceptual objeto de su rechazo, Milei cubre una gran diversidad de concepciones de la vida, del bien común, de la idea misma de Nación. Y esta batalla la emprende con una inusitada crueldad material y simbólica. Si la humillación es una forma específica de la crueldad, la mejor definición del acto de humillar es aquella según la cual “humillar es minusvalorar las palabras que le importan al otro” (Penelas, 2024). Cuando se vale de recursos retóricos para presentar como abiertamente repugnantes ideas centrales para gran parte de la comunidad, como la noción de justicia social, la humillación alcanza un punto de no retorno y de violencia que puede extremarse. Milei vino a dar esa batalla cultural humilladora y con ella pretende construir una

nueva hegemonía. Claro que, a este recurso discursivo, que parece potente y arrollador porque canaliza odios e inquinas transversales en la sociedad, deberá sostenerlo con una materialidad sustantiva que, por los rasgos mismos que contiene en su discursividad y, sobre todo, por las prácticas que establece, parece muy difícil de alcanzar.

REFERENCIAS

- Dubet, François (2020) *La época de las pasiones tristes. De cómo este mundo desigual lleva a la frustración y el resentimiento, y desalienta la lucha por una sociedad mejor*, Siglo XXI.
- Dubet, François (2023) *El nuevo régimen de las desigualdades solitarias*, Siglo XXI.
- Penelas, Federico (2024) “Frente a la revolución anarco capitalista”, *Página 12* 17/03/2024.
- Semán, Pablo (2023) *Está entre nosotros. ¿De dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?*, Siglo XXI.
- Stefanoni, Pablo (2021) *¿La rebeldía se volvió de derecha? cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda debería tomarlos en serio)*, Siglo XXI.
- Thwaites Rey, Mabel y Ouviaña, Hernán (2019). “El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina”, pp. 17-61, en Ouviaña, Hernán y Thwaites Rey, Mabel (Compiladores) *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO y El Colectivo.
- Vommaro, Gabriel, Morresi, Sergio y Belloti, Alejandro (2015) *Mundo Pro. Anatomía de un partido fabricado para ganar*, Editorial Planeta.
- Vommaro, Gabriel y Morresi, Sergio (2015) *‘Hagamos equipo’: PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*, Ediciones UGS.
- Vommaro, Gabriel (2017) *La larga marcha de Cambiemos. La construcción silenciosa de un proyecto de poder*, Siglo XXI.
- Vommaro, Gabriel y Gené, Mariana (2023) *El sueño intacto de la centroderecha y sus dilemas después de haber gobernado y fracasado*, Siglo XXI.



Notas para un estudio del ascenso del autoritarismo y la disputa hegemónica en Latinoamérica

Robert Adrian Quintero Leguizamon*

Cierto descuido por la específica historia política de nuestra región, e incluso de algunas máximas del análisis político propias del pensamiento emancipatorio¹, han hecho posible enfatizar el aparente carácter emergente de los proyectos políticos autoritarios² en ALyC durante el último lustro. A pesar de ello, ha de reconocerse que algunos de estos análisis,

- * Politólogo de la Universidad Nacional de Colombia, doctorando en el programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad Autónoma Nacional de México.
- 1 Tal como se sabe el análisis de la correlación de las fuerzas políticas y las relaciones de poder que configuran el entramado de luchas y conflictos por la disputa hegemónica demanda que se examine con igual grado de atención tanto a las posiciones, prácticas, discursos y estrategias de las fuerzas subalternas como dominantes, y de igual modo, que se atienda a la multiplicidad de arreglos sociopolíticos y expresiones organizativas que se gestan en el desarrollo de dicha disputa. Este criterio metodológico es de enorme importancia para el análisis político pues permite visualizar en profundidad el grado y la intensidad de las tensiones sociales y el modo cómo estas se expresan en y por la disputa del Estado y la sociedad civil (Gramsci, 2001). Esta premisa analítica se potencia a través del reconocimiento del proceso histórico que circunscribe y marca con específicos tonos las dinámicas sociopolíticas que a distintas escalas han incidido sobre la organización y reorganización del poder político en los diversos Estados de la región, de este modo se hace posible entrever los aspectos determinantes sobre las cuales se han gestado los momentos constitutivos y proyectos políticos hegemónicos en cada caso particular (Zavaleta, 2009).
- 2 La noción de “proyecto político” aquí utilizada corresponde a la de Dagnino et al, tal designa “los conjuntos de creencias, intereses, concepciones del mundo y representaciones de lo que debe ser la vida en sociedad, los cuales orientan la acción política de los diferentes sujetos” (200, p. 40). Los mismos autores propusieron que la disputa por la democracia en

antes que connotar o reparar en la presunta novedad del hecho en mención, pretenden sobre todo identificar y comprender los elementos particulares y *sui generis* de esta tendencia política que parece arraigar entre vastos sectores sociales de nuestramérica y otras comunidades del mundo. No obstante, si bien es importante reparar en los factores que han potenciado e irradiado el respaldo a los imaginarios sociales y políticos asociados a la pléyade de fuerzas políticas autoritarias que ahora descollan en ALyC, es menester no descuidar el carácter orgánico que posee el proyecto autoritario en nuestra región y la fuerza con la que ha logrado incrustarse y moldear la cultura política en varios pasajes de la historia contemporánea de estas sociedades.

Quizá por ello sea más conveniente hablar de un ascenso o un resurgimiento de este proyecto político, así como fundamental rastrear los nexos que conectan sus viejas manifestaciones con los remozados planteamientos, valores, y recursos simbólico-materiales que le caracterizan en el presente; no cabe duda, que ello involucra comprender las diversas fuentes sociales, económicas, políticas y culturales sobre las cuales se ha catalizado (no con pocas contradicciones e inestabilidades) la expansión ideológica-política del bloque de fuerzas reaccionarias, conservadoras y neo conservadoras en la región, en un contexto mundial signado por múltiples crisis, y en el que de forma paradójica se exagera una retórica basada en el miedo a los cambios y la preservación del orden capitalista, o en el que de forma hábil se multiplican llamados a “cambiar todo para no cambiar nada”³.

Sin embargo, junto al indispensable análisis de las estrategias, mecanismos, y acciones que han impulsado este ascenso del autoritarismo, es

ALyC involucra la confrontación de tres proyectos políticos: el autoritario, el neoliberal y el democrático-participativo.

- 3 Sería importante explorar cómo en algunos aspectos la doctrina neoliberal asumió la forma de un programa de “revolución pasiva”, al menos en términos discursivos. Sin duda, más que una “revolución pasiva” se trató de una deliberada estrategia de confluencia perversa (Dagnino et al, 2006) en la que se asimilaron y resignificaron ciertas exigencias autonomistas de ciudadanías y organizaciones sociales deliberantes.

ineludible advertir y ponderar las deficiencias, yerros y debilidades políticas, económicas, organizativas, comunicacionales, etc. que condujeron a que el bloque subalterno perdiera (en casos puntuales) la iniciativa política en el seno de la sociedad civil y el impulso para transformar instituciones fundamentales del Estado (piénsese, por ejemplo, en el diseño y funcionamiento de la rama judicial, la doctrina castrense de las fuerzas armadas, pero también las ideas dominantes sobre el proyecto económico-productivo que imperan en las instituciones rectoras de la economía).

En efecto, sólo un análisis complejo e integral de las correlaciones de fuerza entre los bloques y sectores que han luchado a lo largo de las últimas tres décadas por el dominio social o por la transformación sociopolítica de éste, aportaría a esclarecer los factores sociales y políticos alrededor de los cuales se ha urdido y fortalecido el respaldo al autoritarismo estatal y social en nuestra región. Es decir, sólo un análisis que dilucide a profundidad y en conexión los procesos y dinámicas ligados a la hegemonía en y por la sociedad civil y la sociedad política⁴, contribuiría a comprender cómo y por qué se han logrado reactivar los proyectos autoritarios en la región; las mediaciones institucionales que le tornan posible; y la persistencia de instituciones sociales proclives al caudillismo y los liderazgos carismáticos que coadyuvan a su reproducción. A su vez, ello permitiría dimensionar las implicaciones que tuvieron las políticas desplegadas por los “gobiernos progresistas” durante este periodo en materia de la democratización social y evaluar los cambios y/o continuidades generadas en

- 4 Si bien el marco temporal de esta indagación depende de las historias locales y el modo que adoptan la “forma primordial y la determinación dependiente” en los distintos Estados de la región (Zavaleta, 2009), ello no es óbice para postular el momento de impugnación sociopolítica al neoliberalismo que se produjo desde finales del anterior siglo como un posible punto de partida para entender la reconfiguración, aprendizajes y reacomodos de las fuerzas políticas que integraron (y continúan integrando) los bloques dominantes o bloques de poder contrainsurgente, y más aún, las particulares lógicas autoritarias empleadas por tales sectores; por otra parte, una interpretación diacrónica también debería arrojar insumos explicativos para entender las razones que causaron la disponibilidad o receptividad electoral o social de individuos y comunidades al proyecto autoritario que postulan tales fuerzas.

la cultura política predominante en los Estados de la región⁵. Una aproximación orgánica a tan acuciante problema podría sugerir hipótesis y ofrecer opciones políticas a un asunto que causa especial perplejidad: lo incomprensible que resulta que ciudadanías y grupos sociales que expresan enorme capacidad de impugnación social no logren introducir cambios sustanciales en sus órdenes políticos y constitucionales; o lo que es igual, arrojaría pistas para pensar cómo las instituciones políticas conforman trayectorias de dependencia que en ocasiones limitan o dificultan las transformaciones sociales.

Por otra parte, una reflexión de este tenor permitiría comprender cómo la crisis de la democracia, en términos del “bajo rendimiento social de las democracias realmente existentes” (Dagnino et al, 2006),⁶ ha allanado el camino para acentuar la sensación de hartazgo y malestar con las instituciones y procedimientos de la democracia electoral y, asimismo, ha contribuido a desfigurar las nociones de lo público, lo colectivo y los derechos universales.

De todas formas, es necesario explorar con mayor detenimiento cómo la crisis de la democracia realmente existente y la profundización de la desigualdad económica e inseguridad social (en buena medida producida por la obstinación en sostener un orden socioeconómico que garantiza la acumulación del capital), junto a la incapacidad de muchos gobiernos progresistas para traducir una concepción normativa de la democracia en instancias y espacios reales de participación y deliberación de los

- 5 Por demás, un balance que establezca en profundidad cómo las orientaciones políticas de los gobiernos progresistas incidieron sobre la situación y recomposición de las relaciones de fuerza a lo largo de este periodo ofrecería útiles pistas sobre las limitaciones o aciertos que obstruyeron o facilitaron de algún modo el despliegue de las políticas de transformación de los sectores emancipatorios.
- 6 Este proceso ha ocurrido junto a la degradación de las instituciones democráticas estructuralmente administradas por las élites políticas (democracia de baja intensidad); la continuidad de políticas que refuerzan la condición de dependencia económico-productiva y superexplotación (Marini, 2008); la reorganización neoliberal del Estado (Amin y González, 1996); y el perpetuo endeudamiento y la financiarización (Gago y Mezzadra, 2015) que alimentan la implosión social (Bartolotta y Gago, 2023).

asuntos colectivos, pueden haber suscitado la apertura social y electoral de múltiples sujetos y sectores sociales a los calculados e, incluso, incongruentes pero simplificados discursos de incorrección política y cinismo pospolítico, agitados por un bloque de derechas que ha logrado ajustar y diversificar sus repertorios y estrategias de lucha⁷.

Aunque resulte comprensible considerar que el incremento de la “receptividad social” a los proyectos autoritarios es consecuencia de un proceso de degradación de las condiciones de vida de amplios sectores sociales que pugnan por acceder o conservar sus lugares en la cada vez más concentrada estructura socioeconómica⁸, y, ante todo, la síntesis de un proceso que tiene como colofón el cambio gradual de los sujetos políticos y las concepciones sobre lo qué es y deberían ser las instituciones políticas y su relación con la sociedad civil; sigue siendo urgente indagar cómo se gestaron tales grados de disponibilidad social a las corrientes autoritarias; entender en concreto qué mecanismos se han tornado efectivos para interpelar desde aquel marco de enunciación a específicos sectores sociales; examinar si esta receptividad deviene en consentimiento y apoyo profundo a los proyectos autoritarios y si de ello resulta la consolidación de una base social activa al bloque de poder conservador y reaccionario; y, además, escudriñar qué relación guardan tales plataformas y proyectos ideológico políticos con el núcleo fuerte que reposa en la conformación de los “momentos constitutivos” sobre los cuales se erigieron las instituciones sociales y políticas de los respectivos Estados de la región.

- 7 Desde la asimilación de la lucha política en las calles al uso combinado de estrategias de *soft y hard power* que van desde el *lawfare* o el uso más clásico de la represión y persecución social del/a otrx asimilados como enemigos del orden, el bloque de derechas ha procurado (aunque no siempre con éxito) ampliar el abanico de sus mecanismos de disputa y gestionar con mayor eficacia sus posiciones estructurales en la sociedad civil y la sociedad política para lograr restaurar o incrementar su capacidad de mando y dominio social.
- 8 Algunos sectores de las clases medias experimentan estos reacomodos y crisis socioeconómicas desde el temor (bastante real) de situarse en los márgenes de la precariedad social, de allí que adhieran activa o pasivamente a proyectos políticos que prometen estabilizar y garantizar sus posiciones diferenciales en la concentrada pirámide de ingresos que grafica la distribución del poder adquisitivo en las sociedades latinoamericanas.

Por ahora, lo que sí resulta verificable es una suerte de disponibilidad social a discursos eclécticos que por igual: prohíjan el “emprededurismo” como forma de vida y mecanismo de resolución a la informalidad laboral que prima en la mayoría de las sociedades de ALyC; fomentan las vías individuales y competitivas para acceder a los derechos sociales y económicos (ahora transmutados en “servicios”); legitiman el saber tecnocrático concentrado en élites intelectuales (Estrada y Puello, 2005) y sociales en tanto presuntos portadores del derecho a conducir las instituciones públicas; al tiempo que postulan al sector privado como el mejor capacitado para implementar o coadyuvar en la gestión de las políticas públicas. Tales proclamas se complementan con demandas de gestión securitarias de los problemas sociales, orden policivo y punitivismo penal; discursos de odio contra aquellxs a quienes se culpa de ser destructores del orden social y portadores de privilegios (p.e., a aquellxs que se denuncia como instigadores de la “batalla cultural” y promotorxs de la “ideología de género”); y la negación de la violación sistemática de los derechos humanos cometida por los Estados y, en consecuencia, el ocultamiento y legitimación del terrorismo de Estado como instrumento de control social. En suma, estos planteamientos conforman una amalgama discursiva que resignifica las demandas de inclusión social y bienestar material ante un modelo hegemónico de sociedad excluyente, al tiempo que tergiversan, ocultan y/o “forcluyen” los factores fundamentales que han horadado la construcción de una sociedad basada en principios democráticos y garante de la igualdad social y económica de sus integrantes.

Dada las nefastas implicaciones del ascenso de los proyectos autoritarios en la región, se hace imperativo estimular la reflexión colectiva sobre cómo la cultura política autoritaria incrustada en sectores de la sociedad civil y las estructuras estatales, de acuerdo a específicas trayectorias históricas de los Estados de la región, se ha conjugado y desplegado a través de ciertas prácticas, valores y sentidos comunes performados por la doxa neoliberal, y entender el rol que han adquirido en dicho proceso lxs viejxs y nuevxs “intelectuales orgánicos”; ello sin dejar de lado la comprensión de cómo interactúan estos procesos sociopolíticos con las

estrategias de acumulación y valorización que impulsan las burguesías locales y transnacionales en la región.

En consecuencia, a modo provisional de cierre es indispensable recalcar que la reconfiguración de los proyectos autoritarios, y la recomposición del bloque de poder conservador y reaccionario que le promueve a escala continental, puede entenderse en mayor profundidad de emplearse una perspectiva que procura estudiar el nexo entre las formas coyunturales que adopta este proceso con sus respectivas trayectorias históricas y en el que se sitúa y esclarece cómo la disputa hegemónica entre proyectos antagónicos es el marco desde el cual emanan las estrategias desplegadas por los proyectos autoritarios y su procura por desorganizar y destruir los avances y apuestas emancipatorias.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir y González, Pablo. (1996). *La nueva organización capitalista mundial vista desde el sur I: mundialización y acumulación*. Anthropos.
- Barttolotta, Leandro y Gago, Ignacio. (2023). 14 notas para una cartografía argentina de la precariedad. *Nueva Sociedad*, (308), 111-121.
- Dagnino, Evelina, Rivera, Alberto y Panfichi, Aldo. (2006). *La disputa por la construcción democrática en América Latina* (Vol. 3). Ciesas.
- Estrada, Jairo y Puello-Socarrás, José (2005). Élités, intelectuales y tecnocracia: caleidoscopio contemporáneo y fenómeno latinoamericano actual. *Colombia Internacional*, (62), 100-119.
- Gago, Veronica, y Mezzadra, Sandro. (2015). Para la crítica de las operaciones extractivas del capital. Hacia un concepto ampliado de extractivismo. *Nueva Sociedad*, 255, 38-52.
- Gramsci, Antonio. (2001). *Cuadernos de la cárcel*, tomo 6. Editorial Era.
- Marini, Ruy. (2008). *América Latina, dependencia y globalización*. Clacso.
- Zavaleta, René. (2009). *La autodeterminación de las masas*. Clacso.



Crisis, hombres fuertes y carisma

El problema de los espejismos para analizar las autocracias

Paulina Barrera Rosales*

Crisis de la democracia y hombres fuertes

La democracia contemporánea está en crisis. Eso es lo que se aseguró poco tiempo después de haber llegado a un aparente consenso global sobre la democracia como el mejor régimen político que nuestras sociedades podrían adoptar. Si bien durante la segunda mitad del siglo XX Bobbio observaba que todos los países eran o querían ser llamados democráticos, a mediados de los años 70 el famoso reporte elaborado para la Comisión Trilateral declaró que la democracia se encontraba en crisis. Desde entonces, salvo algún atisbo de esperanza –como las así llamadas olas de transición democrática en América Latina– la democracia ha tenido que convivir con aquellas y aquellos que presagian y anuncian su crisis. Sin embargo, desde el punto de vista normativo, durante todas esas décadas rara vez se cuestionaba que la democracia fuera la mejor manera de tomar decisiones colectivas. Hay muchas continuidades y

* Investigadora asociada “c” del Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Estados en disputa.

diferencias en estas últimas décadas que nos hacen pensar que, en lugar de una crisis, las democracias han ido transformándose y modificándose sobre la marcha. Pero, a diferencia de todas las “crisis” anteriores, los últimos años muestran una creciente pérdida de consenso sobre la preferencia por la democracia respecto de otras formas de régimen político. Hay cada vez más encuestas regionales que muestran una tendencia decreciente en la convicción democrática de las personas en América Latina (aunque también en otras regiones del mundo), y un crecimiento por las alternativas no democráticas en sus últimas ediciones.

En este contexto de supuesta (y permanente) crisis, como en otros momentos en la historia que se han considerado excepcionales desde el pensamiento occidental, reaparece uno de los dispositivos ideológicos más longevos y eficaces que se conocen en la cultura política: la retórica de los hombres fuertes. En la historia del pensamiento político, esta retórica ha servido ya sea para defender o para criticar la concentración del poder en manos de una sola persona; una persona que tenga la capacidad, habilidad y en ocasiones la iluminación para resolver el momento decisivo en el que la colectividad se debate entre la vida y la muerte. La fortaleza y eficacia de este discurso proviene en gran medida de su longevidad. Sus orígenes se pueden encontrar, al menos, desde los mitos fundadores de las *poleis* griegas en los cuales se recurría a estas figuras para explicar su fundación y la unidad de la colectividad¹. Podríamos pensar que esta retórica se abandonó con la sofisticación y relativa secularización de las sociedades, pero más de un milenio después regresa el mito fundador de George Washington en Estados Unidos, de Simón Bolívar en nuestra región. El recurso a los hombres fuertes se encuentra inscrito en el ADN de las instituciones occidentales que hemos heredado y es reforzado por la “fascinación” que se observa de estas figuras en distintas manifestaciones.

¹ Es el caso del mito de Teseo como el rey fundador de Atenas durante el periodo democrático (Atack, Carol, 2019).

En la actualidad podemos encontrar análisis de diversos tipos que recurren a esta retórica para analizar la concentración del poder en distintos países, como Nicaragua, El Salvador o México. En la gran mayoría de estas reflexiones se pretende explicar la concentración del poder a partir de la amplia popularidad o del carisma personal de quienes ejercen un liderazgo político. Un ejemplo claro es el último informe de IDEA Internacional en el que señala que “en condiciones de crisis, la gente busca líderes fuertes, y la razón más persuasiva para adoptar medidas y liderazgos firmes es el gobierno de la mayoría. Incluso cuando la crisis no es existencial, los aspirantes a tiranos y los populistas autoritarios en ciernes saben que la forma más segura de asegurarse el poder en una democracia es utilizar el lenguaje del imperativo mayoritario” (International IDEA, 2023, 4). Esto es preocupante, subraya el reporte, porque a través de ese lenguaje se pone en riesgo a la democracia misma. Habría que hacer dos breves observaciones: primero, que este tipo de análisis es más sencillo de hacer en países como los nuestros en los que –al menos en el diseño institucional– los ejecutivos nacionales son independientes de los parlamentos y tendencialmente pueden hacer mayor uso de su recurso a la “cercanía” con la sociedad. Segundo, que esta lectura se suele hacer de la misma manera para liderazgos políticos que podrían ubicarse ya sea en la derecha o a la izquierda del espectro político. Lo mismo existen análisis sobre las cualidades carismáticas de Bukele y Bolsonaro que de López Obrador y Petro.

Entre sesgos de confirmación y espejismos

De manera muy sintética, quisiera sugerir que estos acercamientos, este modo de configurar el estudio de las transformaciones de las democracias actuales, presenta al menos tres grandes problemas. El primero, es que acercarnos a las transformaciones de los regímenes políticos en América Latina con los lentes de las teorías sobre la democracia no siempre nos permite entender la complejidad e interdependencia de los factores involucrados en estos cambios; por lo tanto, nuestros diagnósticos se vuelven

necesariamente limitados. Las teorías democráticas nos sirven como un primer paso. Para señalar la falta de coincidencia entre la realidad y las teorías de la democracia que se han desarrollado tanto para entender como para corregir posibles deficiencias de los regímenes democráticos realmente existentes. Este tipo de análisis nos ayuda a demostrar la incompatibilidad de lo que existe con un entendimiento, así sea mínimo, de lo que debería constituir una democracia; pero no necesariamente nos ilustra las dinámicas que propician estos cambios antidemocráticos.

El segundo problema que quisiera señalar es que el estudio de estos problemas recurriendo principal o solamente a la retórica de los hombres fuertes nos obliga a buscar los elementos que confirman su existencia y eficacia, y termina por fortalecer y revitalizar esa misma retórica. Sin duda la recurrencia del recurso a los hombres fuertes es interesante, pero no siempre permite ver más allá de su constatación. El tercer problema, que inspira el título de esta breve contribución, consiste en señalar que analizar los procesos de concentración del poder, o incluso aquellos que podrían ubicarse en la gran categoría de “crisis” (en el sentido de decadencia, desgaste o descrédito de las democracias) sólo a través de la figura del líder carismático difumina las condiciones que favorecen estos mismos procesos. Al igual que con la retórica de los hombres fuertes, leer los procesos de autocratización de las democracias exclusivamente a través del filtro de la figura del líder carismático nos obliga a enmarcar los procesos actuales de concentración del poder en las figuras individuales de quienes lo ejercen y sus características difícilmente nos permitirá llevar el análisis demasiado lejos. Análisis de esta naturaleza nos hacen caer ante el espejismo de las particularidades individuales y nos impiden observar los rasgos comunes que podrían hacer –o no– de esta una tendencia regional o global.

Teorías no democráticas para momentos autocráticos

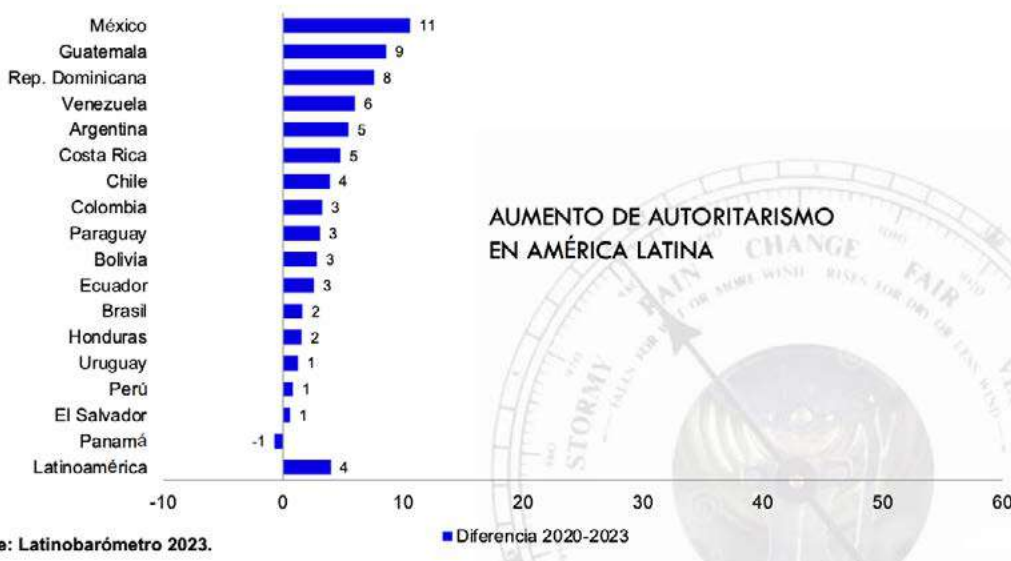
El informe 2023 de la corporación Latinobarómetro señala que la región atraviesa una recesión democrática en el que “después de una década de

deterioro continuo y sistemático de la democracia” esta se encuentra en un momento especial de vulnerabilidad (Latinobarómetro, 2023). En especial, subraya la disminución del apoyo a la democracia y el aumento de las alternativas autoritarias en todos los países analizados, salvo el caso de Panamá en los últimos dos años.

AUMENTO DE AUTORITARISMO: UN GOBIERNO AUTORITARIO PUEDE SER PREFERIBLE DIFERENCIAS POR PAÍS 2020 - 2023



P. ¿Con cuál de las siguientes frases está Ud. más de acuerdo? La democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático o A la gente como uno, nos da lo mismo un régimen democrático que uno no democrático.
Aqui: "En algunas circunstancias, un gobierno autoritario puede ser preferible a uno democrático".



Una alternativa que, considero, sería útil explorar consiste en estudiar las transformaciones de los regímenes políticos contemporáneos a través de las herramientas conceptuales que brindan las teorías sobre las figuras consideradas, por lo general, opuestas a la democracia o el resultado inevitable de su corrupción. Pertenecen a estas la tiranía, el despotismo, la dictadura clásica, la monarquía absoluta, el cesarismo, el bonapartismo y los regímenes caracterizados por un líder carismático en el sentido weberiano. Bobbio sostiene que la figura del líder carismático es la síntesis histórica de todas las anteriores porque en ella convergen “el gran

demagogo (el tirano de los antiguos que ofrece el material histórico para la reconstrucción de la forma moderna del cesarismo), el héroe en el sentido maquiavélico y hegeliano, y el gran jefe militar” (Bobbio, N., 2022, 187). Además, subraya, aparece en momentos de ruptura o de cambio, y es seguido por la colectividad debido a la creencia en sus cualidades excepcionales. La obediencia de parte de la colectividad se debe a un ferviente vínculo afectivo hacia la persona y a una fe en sus “facultades mágicas, revelaciones o heroísmo” (Weber, M., 2014, 1390).

A pesar de la exitosa operación de síntesis weberiana, la revisión conceptual de cada una de las otras figuras puede ayudarnos a entender algunos de los cambios que, en los últimos años, han provocado la perplejidad de muchas de las teorías de las democracias en general y de las democracias latinoamericanas en particular. Pienso, por ejemplo, en dos grandes problemas que atraviesan la región latinoamericana y para los que las teorías democráticas brindan pocas explicaciones satisfactorias: la desigualdad y la militarización. Una revisión de las teorías sobre la tiranía nos permite observar que, con todas las diferencias históricas y teóricas que distinguen la democracia de la antigüedad y la contemporánea, uno de los factores que Aristóteles identifica como decisivo para la transformación de una democracia en una tiranía es la desigualdad extrema entre distintos grupos sociales (Aristóteles, *Política*, V). De igual manera, por los rasgos característicos del cesarismo, –es decir la relación directa y de cercanía que el líder desarrolla con sus votantes y la prevalencia del Ejército en la vida pública– las teorías sobre esta figura nos pueden ayudar a entender la creciente presencia y visibilidad de las fuerzas armadas en instituciones que, al menos desde el diseño de las constituciones democráticas de los años 90, corresponderían al ámbito civil.


Desigualdad y militarismo son dos de los grandes problemas identificados en nuestra región y, podría decirse que son factores que contribuyen a la llamada “recesión democrática” que, en términos reales, expresa la autocratización de los países en la región. De hecho, el informe de Latinobarómetro identifica las crisis económicas entre los “motivos

estructurales que no han sido remediados y que profundizan la pérdida de apoyo” (Latinobarómetro, 2023,18) a la democracia al mismo tiempo que identifica una tendencia a establecer lo que llama “electo-dictaduras civiles”. En ambos casos, implementar herramientas de otras teorías que se dedican a entender los regímenes no democráticos nos da la posibilidad de llegar a entender los factores involucrados con la recesión, el declive o la crisis de las democracias y con el surgimiento de nuevas autocracias en América Latina. Diría Aristóteles “si sabemos cuáles son las causas del deterioro de las constituciones, sabemos también cuáles son los medios para salvarlas” (Aristóteles, *Política*, V, 8, 1307b).

BIBLIOGRAFÍA

- Aristóteles (2018), *Política*, Coordinación de Humanidades- UNAM.
- Atack, Carol (2020). *The Discourse of kingship in classical Greece*. Routledge.
- Bobbio, Norberto.(2022), “¿Gobierno de los hombres o gobierno de las leyes?”, en id., *El futuro de la democracia*, México, FCE.
- Bobbio, Norberto (2023). *Teoría general de la política*, Editorial Trotta.
- Crozier, Michel, Huntington, Samuel P., y Watanuki, Joji (1975). *The crisis of democracy: Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*. New York University Press.
- International IDEA (2023). *The Global State of Democracy 2023: The New Checks and Balances*. International Institute for Democracy and Electoral Assistance (International IDEA). <https://doi.org/10.31752/idea.2023.78>
- Weber, Max (2014). *Economía y sociedad*, 3a. ed., ed. de F. Gil Villegas, México, FCE.
- Weber, Max (1979), *El político y el científico*, 5a. ed., trad. de F. Rubio, Madrid, Alianza.





La ultraderecha gobierna en Argentina, ¿el fin de una época?

Adrián Piva*

El 19 de noviembre de 2023 a la noche, cuando los datos oficiales del Ballotage presidencial en Argentina confirmaban el triunfo de Javier Milei, el candidato de “La libertad avanza” (LLA), muchas y muchos militantes e intelectuales de la izquierda y del progresismo nos despertamos a una realidad que intentábamos negar o que no habíamos sabido comprender. Por esa razón, el intento de aproximarse a explicaciones, razones e hipótesis de ese acontecimiento impensado debe ser, al mismo tiempo, un ejercicio de revisión de las categorías y de las caracterizaciones que hicimos de la realidad social y política argentina en los años previos.

Aquí intentaremos comprender dicho fenómeno como condensación de un proceso de transformación profundo de las relaciones de fuerza entre capital y trabajo que articularon economía y política tras la crisis de 2001 y, por lo tanto, como signo del final de una época. Nos limitamos a ello por razones de espacio, lo que significa que dejamos a un lado dos aspectos relevantes del ascenso de la ultraderecha: la reacción contra el movimiento feminista y contra las resistencias a las consecuencias del extractivismo sobre la naturaleza y los bienes comunes.

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina (CONICET) y del Instituto de Investigaciones de América Latina y el Caribe (IEALC - FSOC - UBA); Profesor de la Universidad de Buenos Aires (UBA). Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

En lo que sigue, intentaremos desplegar este argumento presentando las principales determinaciones del proceso económico – político que posibilitó el triunfo de Milei. En las conclusiones resumiremos el planteo de conjunto, aportaremos algunos elementos de caracterización del gobierno a partir de lo ocurrido durante sus primeros meses y discutiremos perspectivas futuras.

El escenario global: entre la crisis del neoliberalismo y el ascenso de la ultraderecha

La crisis mundial de 2008 dio inicio, tras la recesión global de 2009, a una fase de crecimiento débil (pobres tasas de crecimiento de la Unión Europea (UE), continuidad del estancamiento en Japón, desaceleración de China desde 2012), presiones globales por la reestructuración productiva (profundización de las tendencias a la automatización y robotización - la denominada industria 4.0 - expansión del capitalismo de plataformas, reorganización de los procesos de trabajo y cambios en la estructura de la relación de explotación, etc.), crisis de coordinación de las respuestas de los Estados nacionales ante eventos globales (descoordinación de las políticas monetarias y fiscales ante la crisis económica de 2008, incapacidad de acción conjunta ante la crisis climática, dificultades para la coordinación global de respuestas ante la pandemia de COVID 19) y tensiones geopolíticas globales (crisis siria desde 2011, tensiones entre USA y China, guerra de Ucrania, reactivación de la cuestión palestina, etc.) (Roberts, 2018; Nava y Naspleda, 2020; Piva, 2022).

El denominador común de estas diferentes dimensiones de la fase capitalista que atravesamos es la crisis del neoliberalismo. El neoliberalismo ha sido definido de diversas maneras.¹ Pero cuando el término se infla hasta incluir los aspectos más variados, aun aquellos más generales,

¹ Ha sido definido como una ideología (Anderson, 1997), como un proceso civilizatorio (Dardot y Laval, 2013) y como un proyecto restaurador de clase, en un modo cercano a nuestro enfoque (Harvey, 2007).

cuándo se identifica al neoliberalismo con cualquier ataque a la clase obrera o proyecto de restauración del poder de clase se pierde lo esencial, la pregunta por la forma específica de la ofensiva capitalista y de la subordinación del trabajo. Se debe, entonces, explicitar el significado del término o abandonarlo.

Aquí consideramos el neoliberalismo como una forma específica de dominación política estructurada por la coerción del mercado, esto es, la desmovilización e individualización de la clase obrera y el disciplinamiento de empresas y personas mediante mecanismos de extensión e intensificación de la competencia. Para la articulación de esos mecanismos fue esencial la combinación de políticas monetarias restrictivas, de desregulación de los mercados y de apertura comercial y financiera. Esta definición no desconoce el papel de la violencia en la imposición del neoliberalismo, solo señala que ese es un rasgo general de toda ofensiva capitalista, no es su rasgo específico. Tampoco desconoce esa definición que la coerción mercantil es esencial a la dominación capitalista, basada en la desposesión de los productores y en su transformación en vendedores de fuerza de trabajo. Pero enfatiza que es específica del neoliberalismo la transformación de la coerción mercantil en la estructura de la dominación política. Por último, permite diferenciar el neoliberalismo de otros fenómenos a los que estuvo históricamente asociado como la internacionalización y reestructuración productivas, pero que son rasgos de una etapa que comprende y excede al neoliberalismo. En particular, la internacionalización productiva desplegada desde fines de los años sesenta y, sobre todo, desde mediados de los años setenta, es fuente de tensiones entre una acumulación de capital crecientemente global y el carácter nacional de la dominación política, estructurada por los estados nacionales. El debilitamiento de la capacidad de regulación de la acumulación en el espacio nacional y la erosión de los mecanismos de integración política de los estados que ello supone, tienden a crear problemas de dominación (Hirsch, 1996).

El neoliberalismo fue una respuesta a dichos problemas de dominación por la vía de la desmovilización e individualización obreras. Su crisis, por lo tanto, los reabre. Señal de ello es la inestabilidad política crónica que abarca diversidad de países y continentes desde la crisis mundial de 2008, particularmente, las crisis o problemas de funcionamiento de los sistemas políticos y los procesos de polarización. Pero, desde fines de los años ochenta, la generalización de las políticas neoliberales - consenso de Washington mediante - estableció una coordinación de facto entre los diversos estados y consolidó una jerarquía imperialista con USA a la cabeza. La crisis del neoliberalismo explica, por lo tanto, los problemas de coordinación y la recreación de tensiones geopolíticas globales, es decir, la crisis imperialista.

La crisis del neoliberalismo estuvo jalonada por olas globales de lucha de clases. La primera, entre fines de los noventa e inicios de los 2000, tuvo epicentro en Sudamérica, donde se produjo una crisis regional del neoliberalismo, pero que fue parte de las grandes protestas contra la globalización. Ese ciclo de insurrecciones contra el neoliberalismo (Thwaites Rey y Ouviaña, 2019) abrió el período de gobiernos neopopulistas de izquierda en la región. La segunda ola, entre 2010 y 2012, fue la primera tras la crisis global de 2008, y estuvo marcada por la primavera árabe y la experiencia de Syriza en Grecia. Desde fines de los años ochenta la lucha de clases está sobredeterminada por el derrumbe de los socialismos reales. Pero el agotamiento de los populismos de izquierda latinoamericanos, el fracaso de Syriza y el ahogamiento en sangre de las primaveras árabes marcó el carácter de la tercera ola global de protestas y rebeliones de 2018 - 2019, probablemente la más global de las tres: la ausencia completa de alternativas populares.

Un escenario de crecimiento débil, presiones por la reestructuración capitalista, crisis políticas, tensiones geopolíticas, protestas y ausencia de alternativas populares, ese es el marco del ascenso de las nuevas derechas, las ultraderechas y de la creciente extensión de los llamados

“regímenes híbridos” (Levitzki y Way, 2004).² Puede decirse que los nuevos autoritarismos y el ascenso de las ultraderechas son parte de los intentos por quebrar una relación de fuerzas que impide la salida de la fase abierta con la crisis mundial de 2008. Tras esos intentos encontramos a las clases dominantes, a las elites políticas tradicionales, a categorías sociales asociadas al aparato de Estado y, también, a nuevos líderes y fuerzas políticas que buscan organizar la respuesta conservadora y autoritaria a la crisis, la incertidumbre y las resistencias populares.

Como decíamos arriba, la crisis del neoliberalismo en gran parte de Sudamérica se ubica a inicios del nuevo siglo, antes de la crisis global de 2008. En ese sentido, la última fase expansiva a nivel mundial del período neoliberal, entre 2002 y 2008, fue parte de las condiciones de posibilidad del ciclo de gobiernos neopopulistas y de un proceso de acumulación con características neodesarrollistas, especialmente por su impacto en los términos de intercambio. Ello explica también la aparente paradoja de que el agotamiento de ese ciclo coincidiera con la crisis global del neoliberalismo y, especialmente, con el inicio de la desaceleración de China. Como tal, significó la disolución de los fundamentos globales de los neopopulismos.

La disolución de los fundamentos de una época

La disolución de los fundamentos económicos

Desde 2012 Argentina atraviesa una larga fase de estancamiento económico y tendencia a la crisis que reconoce causas locales y globales. Las causas globales, crecimiento mundial débil y presiones por la

- 2 El término “Regímenes híbridos” refiere a regímenes políticos que combinan rasgos autoritarios y democráticos. En su origen estuvo asociado a las transiciones “fallidas o inconclusas” del autoritarismo a la democracia, pero, en las últimas décadas, la proliferación de regímenes de ese tipo (particularmente, los “autoritarismos competitivos”, regímenes autoritarios que presentan algún tipo de competencia electoral) e incluso la deriva autoritaria de regímenes democráticos lo han autonomizado de la problemática de la transición.

reestructuración productiva, ya fueron presentadas. Las causas locales pueden encontrarse en la tendencia a la restricción externa de la acumulación y en el agotamiento de la base productiva local, cuya última reestructuración profunda fue en la primera mitad de los años noventa, lo que agudizó las presiones globales por la reestructuración (Piva, 2021). Como consecuencia, el ajuste fiscal y la devaluación de la moneda no bastan para relanzar la acumulación y, en ausencia de reestructuración productiva, solo generan recesión y espiralizan la relación entre devaluación e inflación. El núcleo de la explicación de la dinámica y la temporalidad de la fase de estancamiento lo encontramos en una relación de fuerzas que ha bloqueado los sucesivos intentos de avanzar en dicha reestructuración.

No obstante, más de 10 años de estancamiento y tendencia a la crisis han conducido a un empeoramiento de las condiciones de vida de las y los trabajadores, en particular de los más empobrecidos. ¿Cómo afecta ello las relaciones de fuerza entre capital y trabajo? Es un hecho reconocido en la literatura sobre conflicto obrero y laboral que existe una relación positiva/negativa entre mejora/empeoramiento de las condiciones de vida obrera y la capacidad de acción colectiva de la clase obrera. En términos de Wright (1983) el empeoramiento de las condiciones de vida obrera debilita las capacidades estructurales para la acción de los trabajadores como clase. Si en el corto plazo fenómenos de privación pueden dar lugar al ascenso de las luchas obreras, en especial en presencia de organización previa, en el largo plazo la asociación inversa se impone. En particular, la consolidación y profundización de la heterogeneidad de la clase obrera, especialmente la división entre formales e informales, ha afectado dichas capacidades.³

- 3 Los asalariados informales, aquellos que no tienen aportes jubilatorios, pasaron de representar un 31,4% de los asalariados en el segundo trimestre de 2016 a ser el 37% en el mismo trimestre de 2023. La suma de trabajadores por cuenta propia y asalariados informales representó un 43,5% de los ocupados en 2016 y alcanzaba el 48,9% en 2023. Si limitamos la definición a la suma de asalariados informales y trabajadores por cuenta propia sin local propio la informalidad creció del 35,4% al 41,1% en el mismo período (Fuente: INDEC).

La disolución de su forma política: agotamiento del kirchnerismo y fracaso del antikirchnerismo

La disolución de los fundamentos económicos de la fase expansiva iniciada a fines de 2002 socavó las condiciones de posibilidad de la estrategia neopopulista del kirchnerismo, esto es, el desplazamiento temporal (posposición) y espacial (“dos modelos de capitalismo”) del antagonismo entre capital y trabajo. Desde 2003, la reconstrucción del poder de Estado y la construcción y reproducción del consenso se desarrollaron sobre la base de una estrategia de satisfacción gradual de demandas populares. La inadecuación entre unas políticas fiscal y monetaria expansivas y un proceso de acumulación dependiente de la exportación de commodities industriales, de pobres aumentos de productividad y con tendencia a la restricción externa tuvo como resultado un crecimiento desequilibrado y el ingreso en un régimen de alta inflación. La recreación de unas prácticas políticas y un imaginario peronistas movilizó prácticas y representaciones de cuño antiperonista todavía vigentes en amplios grupos sociales, especialmente entre las “clases medias”.

Ante el fin de la fase expansiva, el segundo gobierno de Cristina Kirchner (tercer gobierno kirchnerista) buscó avanzar en un ajuste gradual (“sintonía fina”). Pero frente a la erosión de sus bases de legitimación transformó las medidas de emergencia (control de cambios, cierre parcial de la economía, etc.) en un mecanismo de posposición de la crisis. El inicio de la fase de estancamiento y las evidencias de agotamiento de la estrategia política profundizaron las rupturas y deserciones y, finalmente, condujeron al triunfo electoral de la coalición de derecha “Cambiamos”.

El gobierno de Macri intentó una restauración del neoliberalismo, pero, primero, solo pudo avanzar parcialmente en el ajuste y, después, la búsqueda de implementar la triple reforma (laboral, previsional y tributaria) chocó con la resistencia popular en las grandes movilizaciones de diciembre de 2017. Al fracaso de la restauración neoliberal le siguieron

dos años de crisis profunda que terminaron con la vuelta del peronismo al gobierno, en diciembre de 2019.

El Frente de todos (FdT) era una coalición de las distintas fracciones del peronismo que interiorizó las presiones por arriba por la reestructuración y por abajo por su bloqueo. Una vez en el gobierno, careció de orientación y de liderazgo definidos confirmando que el agotamiento del kirchnerismo dejaba al peronismo sin estrategia.

El agotamiento del kirchnerismo y el fracaso del antikirchnerismo disolvieron los ejes que estructuraron el sistema político desde su reconstitución tras la crisis de 2001.

La desmovilización obrera y popular⁴

Antes señalábamos la relación de corto y largo plazo entre el empeoramiento de las condiciones de vida obrera y el conflicto laboral. Con el comienzo de la fase de estancamiento, y sobre la base de un proceso de acumulación de fuerzas que se prolongó tras la insurrección de 2001, se inició en 2012 un ciclo de alta frecuencia de conflictos laborales y un ascenso de la movilización de sindicatos y movimientos sociales (MS) en las calles. Durante 2017, en un contexto adverso para la negociación sindical, al tiempo que caía el conflicto laboral creció fuertemente la movilización callejera, la politización y los hechos de violencia en contextos de movilización. Los enfrentamientos con las fuerzas de seguridad en Plaza Congreso de los días 14 y 18 de diciembre de 2017 fueron el pico de ese proceso así como de la unidad de sindicatos y MS.

Sin embargo, desde 2018 se inició un proceso de desmovilización. En ese proceso cumplió un papel relevante el impacto de la crisis en las capacidades estructurales para la acción de la clase obrera, algo que ya se

⁴ Los datos que fundamentan este párrafo y el siguiente son datos de elaboración propia a partir de la base de conflicto laboral del Ministerio de Trabajo de la Nación y de registros hemerográficos a partir del Diario La Nación (Ver Piva, 2023).

evidenciaba en la caída del conflicto laboral en 2017. Pero también lo cumplió la canalización institucional del conflicto tras la relativa desinstitucionalización durante 2017. En ello fue particularmente relevante la conformación del FdT y la expectativa en la vía electoral. El acceso al gobierno del peronismo profundizó el vínculo entre institucionalización del conflicto obrero y desmovilización popular. Se prolongó la caída del número de conflictos laborales, se redujo la protesta callejera y la unidad de acción de sindicatos y MS. Ello se desarrolló al mismo tiempo, y sobre la base, de la caída del salario real y el aumento de la informalidad.

La movilización de la derecha

Uno de los fenómenos más relevantes de las últimas dos décadas fue el inicio de la movilización antikirchnerista de clase media, allá por 2006 y 2007. Fue la ruptura de hecho de la alianza en las calles lo que hizo posible la insurrección de diciembre de 2001: “piquete y cacerola”. El encolumnamiento masivo de esos grupos sociales detrás de la burguesía agraria en la rebelión fiscal de 2008 fue un giro cualitativo. La partida de nacimiento de una derecha social que sería la base de una alianza política de derecha. Pero todavía fueron necesarias las grandes movilizaciones (cacerolazos) de 2012 y 2013, que mostraron la masificación de la protesta de clase media y el paso a la oposición de sectores que hasta entonces habían votado al peronismo o al menos dudaban. Entre agosto y octubre de 2019, en la campaña por la reelección de Mauricio Macri, después de la catástrofe electoral de las Primarias abiertas, simultáneas y obligatorias (PASO) de Juntos por el Cambio (JxC, antes Cambiemos), la movilización de esa base mostró la transformación de la derecha social en sujeto político, lo que se confirmó en las protestas contra la Pandemia convocadas por JxC.

Sin embargo, el fracaso de la derecha en el gobierno y la desestructuración del eje articulador del sistema político desde 2003 (kirchnerismo – antikirchnerismo) afectó profundamente la constitución política de ese sujeto. Ello se evidenció en el pasaje a posiciones de ultraderecha,

primero, en la figura de Patricia Bullrich, central en las protestas de pandemia y pospandemia, y, después, depurada de cualquier matiz, en la figura de Milei.⁵

La demanda de orden

Pero el proceso de ultraderechización sólo podía concluir con una auténtica masificación de la demanda de orden, su penetración en amplios sectores de la clase obrera.

La prolongación temporal de la crisis tiene efectos que solo pueden dimensionarse a nivel microsocia. La crisis termina por afectar la sociabilidad cotidiana, erosionando el orden social a niveles capilares a través de toda una serie de disfuncionalidades de distinto grado. La inseguridad creciente vinculada al delito común y al aumento del narcotráfico es bien real y afecta sobre todo a trabajadores y trabajadoras. En un régimen de alta inflación que desorganiza la vida de las mayorías populares y afecta permanentemente a sus ingresos la demanda de orden termina por abarcar todos los niveles, económico, social y político y se transforma en articuladora de un conjunto amplio de demandas de todo tipo.

Durante el gobierno de Macri esa fue la base de un discurso que intentó identificar la restauración de la autoridad del capital en el lugar de trabajo y a nivel social con la restauración del orden sin adjetivos. El discurso de Milei profundiza esa identificación depurada de cualquier referencia a la república y la democracia, solo queda el gesto autoritario.

- 5 Quizás, un buen indicador de ese proceso es la evolución de los fenómenos de violencia colectiva: mientras en 2017 24 de 31 hechos de violencia colectiva registrados son categorizables como violencia popular, en 2022 solo lo son 11 de 27. ¿Será este un indicador de un proceso de acumulación de fuerza social de ultraderecha?

Las elecciones⁶

El voto a Milei condensó todo ese conjunto de determinaciones. En las PASO del 13 de agosto y en las elecciones generales del 22 de octubre de 2023 LLA obtuvo alrededor del 30% de los votos válidos emitidos (PASO) y válidos positivos (generales), lo que les bastó para ser primeros por escaso margen en las PASO y segundos, 7 puntos debajo del peronismo, en las generales. Pero en las PASO votó el 69,6% de las personas habilitadas para votar (lo que es un porcentaje históricamente bajo en Argentina desde el retorno de la democracia) y el 77,04% en las generales. La remontada del peronismo respecto de las PASO señala que una parte relevante de la abstención provenía del voto peronista. Pero Milei también creció entre las PASO y las generales – hecho que oculta el porcentaje sobre votos válidos positivos – y ello explica que a pesar de la enorme movilización electoral del peronismo en las generales no haya superado el 37% de los votos válidos positivos, por debajo del piso histórico del 40%. Un análisis ambiental del voto a Milei en el Gran Buenos Aires (el cinturón que rodea a la Ciudad de Buenos Aires), históricamente peronista, muestra la similitud de los perfiles de voto de LLA y el peronismo. Milei tuvo su mejor desempeño en los bastiones del peronismo y en aquellos que fueron peronistas y que oscilaron entre el peronismo y la derecha desde 2011. A su vez, el perfil sociodemográfico de los distritos donde Milei tuvo su mejor actuación en PASO y Generales es similar al del peronismo: es mejor donde es mayor la informalidad laboral. Esta disputa de Milei del voto peronista se refuerza cuando observamos dos hechos de las elecciones en las provincias. En primer lugar, Milei logró imponerse en 5 de las 6 provincias en las que el peronismo, hasta ese momento gobernante, perdió las elecciones a gobernador (Chubut, San Juan, San Luis, Santa Cruz y Santa Fe) y en 4 de las provincias que logró retener en elecciones desdobladas de las elecciones presidenciales (La pampa, La

⁶ Los datos referidos en este parágrafo son datos de elaboración propia en base a resultados publicados por la Dirección Nacional Electoral de la República Argentina (<https://resultados.gob.ar/elecciones/1/0/1/-1/-1>) (Ver Piva, 2023b)

Rioja, Tierra del Fuego y Tucumán). En las elecciones generales del 22 de octubre el peronismo pudo revertir el resultado en las 4 provincias donde había ganado el peronismo provincial las elecciones locales, pero solo en una de las que había perdido (Santa Cruz). En segundo lugar, en el ballotage la abultada diferencia del candidato de LLA sobre el peronismo (56% a 44%) tiene buena parte de su explicación en el desempeño electoral de Milei en las provincias del noroeste argentino (NOA), bastión histórico del peronismo. Mientras que Macri en el ballotage de 2015 perdió en el NOA por 57,2% a 42,8%, Milei se impuso por 50,6% a 49,4%.

Todo ello muestra una conexión entre el ascenso del voto a Milei y la crisis del voto peronista. El peronismo ha sido históricamente la herramienta electoral de la clase obrera, la crisis del voto peronista a expensas de la ultraderecha expresa, a nivel político, el proceso de desagregación del comportamiento obrero que veíamos en el nivel de la lucha social. Es el momento político del proceso de desmovilización y desorganización obrera.

Pero un análisis similar del voto a Milei en dos provincias de voto antiperonista consolidado (Santa Fe y Córdoba) muestra que en esas provincias, tanto en las PASO como en las generales, el voto a Milei comparte el perfil del voto de la derecha, vencedora en elecciones previas. Y en el ballotage fue capaz de atraer mayoritariamente el voto de JxC a nivel nacional.

La concentración en la figura de Milei del voto peronista y antiperonista indica, por un lado, la desestructuración de los ejes articuladores del sistema político desde 2003, pero plantea, al mismo tiempo, la pregunta por el significado político de esa fusión. Una hipótesis probable, en función de lo expuesto hasta aquí, es que las unifique la demanda de orden, que una parte importante del voto Milei (por supuesto no todo) exprese un giro autoritario de una porción amplia de la sociedad.

A modo de conclusión: el núcleo autoritario del ascenso de Milei y las perspectivas futuras

Existe una estrecha conexión entre la desmovilización obrera y popular, la masificación de la demanda de orden y el ascenso de Milei. Se trata de la disolución del lazo social, de la desagregación de comportamientos a nivel económico, social y político y de su reintegración como masa a través de la figura del líder autoritario. La pandemia aceleró los procesos de desagregación colectiva, volvió más urgente la mediación autoritaria como forma reconstituyente de lo social, en un marco de crisis persistente, de desestructuración del sistema político y de ausencia de alternativas populares. Pero ese proceso sólo puede condensar y reproducirse a través de la mediación estatal.

La repolitización autoritaria de la lucha de clases es un rasgo común a toda una serie de fenómenos políticos, muchos de ellos desarrollados en los marcos del Estado de derecho, otros tantos en la forma de “regímenes híbridos”. No es más que el desarrollo de la mediación estatal autoritaria como respuesta a la crisis de los mecanismos neoliberales de coerción mercantil. En las experiencias de ultraderecha como la que encarna Milei - y gran parte de los regímenes híbridos asumen ese carácter (Erdogan, Putin, Bukele y un largo etcétera) -, se despliega como tendencia a la ruptura institucional con la democracia burguesa, apunta - y el grado en que esa tendencia se desarrolle depende de las relaciones de fuerza que encuentre - a constituirse como un régimen autoritario basado en el liderazgo personal.

Pero, entonces, el futuro de Milei plantea muchos interrogantes. La mayoría de los líderes de ultraderecha que han llegado al gobierno no son neoliberales (como el caso de Trump) o han sido pragmáticos en sus objetivos de política monetaria, libre comercio y reforma del Estado apenas gobernaron (el caso de Bolsonaro). Su maximalismo se despliega en el nivel de la política conservadora y autoritaria. El proyecto autoritario de Milei exige una transformación del Estado - la supresión o reducción

de algunas funciones, pero, al mismo tiempo, el desarrollo o la creación de otras – no su minimización. Si Milei intentara avanzar a fondo en su programa ultraliberal socavaría sus propios fundamentos. Además, el mundo que enfrenta es muy distinto al de los noventa: en aquel avanzaba el libre comercio, USA era la cabeza del imperio informal y los flujos financieros internacionales y los procesos de financiarización locales permitían diferir los desequilibrios económicos; hoy el libre comercio se estanca en un marco de guerras comerciales y de monedas, la crisis imperialista genera inestabilidad global, los flujos financieros globales son altamente volátiles y la profundización de la financiarización local enfrenta restricciones estructurales.

Los primeros meses del gobierno de Milei priorizaron una profunda ofensiva contra los trabajadores, antes que la unificación y liberación del mercado cambiario o la apertura comercial: una brutal devaluación de más del cien por ciento, un ajuste fiscal inédito basado en la licuación de jubilaciones y de salarios de los trabajadores del Estado, una aguda recesión que comenzó a provocar suspensiones y despidos en el sector privado y el intento, por ahora fallido, de avanzar en una profunda reforma laboral vía decreto de necesidad y urgencia (DNU) y en una amplia reforma del Estado a través de la conocida como “Ley ómnibus”. Estos dos intentos fallidos fueron el resultado de la orientación maximalista de Milei que lo ha llevado al conflicto con la elite política tradicional a la que le propone subordinación o confrontación. La estrategia de Milei tiende – objetivamente, de modo más o menos conciente – a la ruptura institucional. Aunque no parecen darse las condiciones para ello. Las FFAA son un actor débil de la política argentina desde el fin de la dictadura militar en 1983 y el apoyo a Milei no parece traducirse, al menos por ahora, en movilización y organización para sostener un giro autoritario radical. Sin embargo, los procesos de construcción de una sociedad autoritaria son graduales. La política del Ministerio de seguridad ha limitado la protesta callejera y el maximalismo del gobierno ha sido acompañado de un discurso inédito para un presidente en Argentina, al menos desde 1983, que tiende a naturalizar el macartismo, la misoginia, la lgtbfobia, etc.; a

incentivar el hostigamiento y la persecución política en redes e instituciones públicas; y a reivindicar el accionar represivo de las fuerzas de seguridad. Algunas de estas dimensiones estuvieron presentes durante el gobierno de Macri, pero no configuraron una acción sistemática como sucede ahora. La hipótesis de que el choque con la elite política termine en un juicio político que lo destituya (“golpe blando”) no puede descartarse. Pero ¿cuál sería su resultado si no hubiera intervención popular? Las cuestiones fundamentales, por lo tanto, son cuál es el alcance del proceso de desmovilización previo y en qué medida puede revertirse. Tras las grandes movilizaciones de la CGT el 24 de enero, del movimiento feminista el 8 de marzo y del conjunto del pueblo el 24 de marzo, solo cabe esperar una respuesta popular contundente y desde abajo que conmueva y agriete el escenario institucional creando una nueva coyuntura. Eso esperamos y para eso actuamos.

REFERENCIAS

- Anderson, Perry (1997). “Balance del neoliberalismo: lecciones para la izquierda”. *Procesos. Revista ecuatoriana de historia*, 1997 (11).
- Dardot, Pierre y Laval, Christian (2013). *La nueva razón del mundo: ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Barcelona: Gedisa.
- Harvey, David (2007). *Breve historia del neoliberalismo*. Madrid: Akal.
- Piva, Adrián (2022). “La crisis del imperia- lismo y la guerra de Rusia contra Ucrania”. *Jacobin América Latina (Impresa)*, 2022 (7).
- Piva, Adrián (2021). “Crisis y reestructura- ción en una economía dependiente e internacionalizada”. *Realidad Económica*, 52 (344).
- Hirsch, Joachim (1996). *Globalización, capi- tal y estado*. México: Departamento de Re- laciones Sociales, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.
- Thwaites Rey, Mabel y Ouviaña, Hernán (2019). “El ciclo de impugnación al neo- liberalismo en América Latina”, pp. 17-61, en Ouviaña, Hernán y Thwaytes Rey, Ma- bel (Compiladores) *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al*

neoliberalismo en América Latina. Buenos Aires: CLACSO y El Colectivo.

Levitzki, Steven y Way, Lucan (2004). "Elecciones sin democracia. El surgimiento del autoritarismo competitivo". *Estudios políticos*, 24, 159-176.

Wright, Erik Olin (1983). *Clase, crisis y estado*. Madrid: Siglo XXI.

Piva, Adrián (2023). "Entre la resistencia y la desmovilización. Una aproximación cuantitativa al estudio del conflicto obrero en Argentina, 2006 - 2022." En Apuntes. Revista de ciencias sociales. (En prensa).

Piva, Adrián (2023b). "Más allá del 19 de noviembre". *Jacobin América Latina (web)*. Disponible en <https://jacobinlat.com/2023/11/19/mas-alla-del-19-de-noviembre/>.





El Salvador

La consolidación de un régimen autoritario

Juan José Martínez Volkmar*

La presidencia de Nayib Bukele ha marcado un cambio drástico en la política de El Salvador. A pesar de las violaciones a los derechos humanos y el autoritarismo, Bukele ha logrado mantener un alto nivel de popularidad y apoyo. Sin embargo, este apoyo parece estar basado en gran medida en la deshumanización de ciertos sectores de la sociedad y en la violación de los derechos humanos. Aunque Bukele ha logrado establecer un control considerable sobre el aparato estatal, el futuro de la democracia en El Salvador sigue siendo incierto.

Desde la firma de los Acuerdos de Paz en 1992, los partidos políticos Alianza Republicana Nacionalista (ARENA) y Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) se habían establecido como las principales fuerzas en el sistema político de El Salvador. ARENA, fuerza de derecha responsable de la implementación del neoliberalismo en el país centroamericano, mantuvo el poder durante tres décadas hasta 2009, cuando el FMLN, fuerza insurgente convertida en partido político en 1992, ganó la primera de dos victorias presidenciales consecutivas.

* Abogado-Universidad de Antioquia. Magíster en Estudios Latinoamericanos-UNAM. Miembro del Observatorio de Derechos Humanos de COLPAZ. Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO El Estado como contradicción.

No obstante, la polarización resultante de las disputas entre estos dos partidos, junto con el descontento público ante una situación de violencia persistente, fueron algunos de los factores clave que facilitaron el surgimiento de Bukele y la reconfiguración de su régimen político. La llegada al poder de un líder carismático que, brindando una respuesta a las demandas de seguridad de la población, no ha perdido el tiempo para controlar todos los poderes del estado, poniéndolos al servicio de sus intereses políticos.

En las elecciones de 2019, Bukele obtuvo una victoria significativa con el 53.1% de los votos, desplazando principalmente al FMLN y arrebatándole a una parte importante de su base electoral. Desde entonces, la presidencia ha logrado concentrar la mayoría de los poderes estatales y ha construido un discurso de carácter mesiánico para fortalecer su popularidad. Este fenómeno ha provocado un cambio drástico en el panorama político: en las elecciones de 2024, tanto ARENA como el FMLN obtuvieron conjuntamente solo el 12% de los votos, en contraste con el 84.65% obtenido por Bukele, quien además cuenta con una mayoría absoluta en un poder legislativo que se muestra completamente alineado con la voluntad presidencial, lo que limita la posibilidad de una oposición efectiva y el control sobre las acciones del gobierno.

En febrero de 2020, un año después de su elección y justo antes del inicio de la pandemia, el presidente realizó una acción decisiva en respuesta a las tensiones con una Asamblea Legislativa que se resistía a autorizar un préstamo que el poder ejecutivo necesitaba para sus planes de seguridad pública. El presidente, acompañado por el ejército, ingresó al recinto legislativo y ejerció tal presión sobre los legisladores que, finalmente, perdieron el pulso ante la opinión pública y se vieron obligados a ceder ante las exigencias del presidente, el cual sintetizó todo el episodio cuando afirmó: “ahora creo que está muy claro quién tiene el control de la situación” (Guzmán, Valeria; Ruada, Nelson; & Alvarado, Jimmy, 2020).

El año 2021 marcó un punto de inflexión en la consolidación del poder del presidente Bukele en El Salvador. Durante las elecciones legislativas de ese año, que estuvieron marcadas por la violencia política y por negociaciones clandestinas del gobierno con la Mara Salvatrucha, el partido Nuevas Ideas obtuvo 56 de los 84 escaños disponibles.

Esta victoria, junto con el apoyo de una coalición de partidos alineados con el presidente, le otorgó una mayoría absoluta, permitiéndole ejercer un control considerable sobre el aparato estatal. Con esta mayoría, el presidente destituyó a cinco magistrados de la Sala de lo Constitucional, entre otros altos funcionarios, y los reemplazó con figuras leales a su administración. En ese mismo año, los nuevos magistrados contribuyeron a tomar la controvertida decisión que autorizó la reelección del presidente en ejercicio, a pesar de que la Constitución era explícita en su prohibición.

En marzo de 2022, tras un fin de semana en el que se registraron más de 70 homicidios atribuidos a pandillas, la Asamblea Legislativa, bajo instrucciones del presidente, promulgó el Decreto 333 por medio del cual instauró un régimen de excepción cuyo objetivo es “facilitar las herramientas y mecanismos jurídicos a las instituciones de Seguridad Pública, Policía Nacional Civil y Fuerza Armada de El Salvador, para establecer el orden y la seguridad ciudadana y el control territorial” (Asamblea Legislativa de El Salvador, 2022).

Con esta medida, el gobierno suspendió el derecho de asociación; el derecho a la defensa y a ser informado de las razones de la detención; la inviolabilidad de las comunicaciones y autorizó la detención administrativa por más de 72 horas. Como se ve, se le dieron amplios poderes a las fuerzas armadas y de policía para perseguir y reprimir a quienes consideraran peligrosos.

Bajo los efectos del régimen de excepción, en El Salvador se han multiplicado las violaciones de derechos humanos: detenciones masivas e

indiscriminadas de jóvenes; las detenciones prolongadas sin que se informe de las razones de la medida; y tratos inhumanos a quienes se encuentran privados de la libertad. También se ha acentuado la intimidación a la prensa y la violencia política.

Asimismo, se ha profundizado la militarización de la vida pública, los militares cada vez tienen mayor presencia y control en todo el territorio. Todo esto le ha permitido a Bukele mostrarse como un gobernante fuerte, capaz de dismantelar a las pandillas y garantizar condiciones de seguridad a una parte importante de la población que se aleja de políticas y enfoques sin éxito en El Salvador y en América Latina.

Esto, sumado a un discurso popular persuasivo ha hecho que Bukele cuente con una aceptación y un apoyo considerable a pesar de haberse centrado en la deshumanización de un sector (los jóvenes, pandilleros o no) al que se les despoja de todas las garantías. Los resultados de las elecciones de febrero de 2024 parecen indicar que, en un contexto de retroceso de la izquierda y de los movimientos sociales, la mayoría de los salvadoreños apoyan un régimen cimentado en la violación de los Derechos Humanos y en el autoritarismo. Por ahora, no parece haber en el horizonte de El Salvador una perspectiva democrática

REFERENCIAS

- Asamblea Legislativa de El Salvador. (27 de marzo de 2022). *Por el cual se adopta un régimen de excepción*. Diario Oficial N° 62 Tomo N° 434 Obtenido de: <https://www.asamblea.gob.sv/sites/default/files/documents/decretos/4214B3CA-A3AA-4435-8229-49C097CAB14D.pdf>
- Dammert, Lucía. (2023). El «modelo Bukele» y los desafíos latinoamericanos. *Nueva Sociedad*, 4-15.
- Gavarrete, Julia. (27 de marzo de 2022). *El Salvador en Régimen de Excepción tras jornada de más de 70 homicidios*. Obtenido de El Faro: https://elfaro.net/es/202203/el_salvador/26096/

El-Salvador-en-R%C3%A9gimen-de-Excepci%C3%B3n-tras-jornada-de-m%C3%A1s-de-70-homicidios.htm

Gellman, Mneesha. (6 de marzo de 2024). *Los salvadoreños cambiaron derechos por una seguridad incierta*. Obtenido de Jacobin Latinoamérica: <https://jacobinlat.com/2024/03/06/los-salvadorenos-cambiaron-derechos-por-una-seguridad-incierta/>

Guzmán, Valeria; Ruada, Nelson; & Alvarado, Jimmy. (10 de febrero de 2020). *Bukele mete al Ejército en la Asamblea y amenaza con disolverla dentro de una semana*. Obtenido de El Faro: https://elfaro.net/es/202002/el_salvador/24008/Bukele-mete-al-Ej%C3%A9rcito-en-la-Asamblea-y-amenaza-con-disolverla-dentro-de-una-semana.htm

Martínez, Carlos; Cáceres, Gabriela; & Martínez, Óscar. (23 de agosto de 2021). *Gobierno de Bukele negoció con las tres pandillas e intentó esconder la evidencia*. Obtenido de El Faro: https://elfaro.net/es/202108/el_salvador/25668/Gobierno-de-Bukele-negoci%C3%B3-con-las-tres-pandillas-e-intent%C3%B3-esconder-la-evidencia.htm

elfaro.net/es/202108/el_salvador/25668/Gobierno-de-Bukele-negoci%C3%B3-con-las-tres-pandillas-e-intent%C3%B3-esconder-la-evidencia.htm

Quintanilla, Jaime; & Valencia, Daniel. (12 de septiembre de 2022). *“Captúrenlos a todos”: la verdadera historia del régimen de Bukele*. Obtenido de Redacción Regional: <https://www.redaccionregional.com/militarismo/la-verdadera-historia-del-regimen-de-bukele/>

Redacción. (1 de febrero de 2021). *Violencia en El Salvador: 4 claves para entender la conmoción en el país por el tiroteo contra miembros del FMLN*. Obtenido de BBC News Mundo: <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-55820836>

Saravia, César. (15 de mayo de 2021). *El Salvador: Bukele avanza sobre el poder judicial*. Obtenido de Jacobin Latinoamérica: <https://jacobinlat.com/2021/05/15/el-salvador-bukele-avanza-sobre-el-poder-judicial/>





Boletín del Grupo de Trabajo
El Estado como contradicción

Número 3 · Abril 2024